

Facultat d'Humanitats

Trabajo de fin de grado

# La tutela militar en la política de la República de Turquía

Miguel Moreno Vuelta

**NIA:** 104041

**Director:** Jaume Torras Elías

**Año académico:** 2011-2012

Barcelona, junio de 2012

## Índice

Introducción.....	3
1.- Origen del kemalismo.....	4
1.1.- Influencias y precedentes ideológicos.....	4
1.2.- La Guerra de Independencia. Toma de poder del kemalismo.....	6
1.3.- Los principios de la república: las reformas de Atatürk y el papel del ejército.....	8
2.- ¿Es la democracia el objetivo real del kemalismo?.....	10
3.- Las intervenciones militares en política.....	12
3.1.- Contra “la reacción” – islamismo.....	12
3.1.1.- La oposición al islamismo durante la Guerra de Independencia y el periodo de partido único.....	12
3.1.2.- La democratización y los gobiernos de Menderes.....	15
3.1.3.- El golpe de estado de 1960.....	18
3.1.4.- Los conflictos de los años sesenta y el memorándum de 1971.....	21
3.1.5.- La década posterior al golpe de 1980.....	25
3.1.6.- El “golpe posmoderno” de 1997.....	27
3.1.7.- El AKP en el poder.....	29
3.2.- Contra la inestabilidad política – Turquía durante la Guerra Fría.....	30
3.2.1.- Las relaciones exteriores durante el periodo de partido único.....	31
3.2.2.- La entrada en el bloque occidental. 1945-1960.....	32
3.2.3.- Conflictividad izquierda-derecha durante los años sesenta.....	33
3.2.4.- El memorándum de 1971 y la conflictividad izquierda-derecha durante los años setenta.....	34
3.2.5.- El golpe de estado de 1980.....	37
- Constitución de 1982.....	39
3.3.- Contra el separatismo kurdo – influencia en el desarrollo del ejército.....	40
3.3.1.- Los kurdos durante la Guerra de Independencia. La nueva identidad turca.....	40
3.3.2.- Periodo de partido único: las rebeliones kurdas y sus consecuencias.....	42
- Repercusiones para el ejército y el kemalismo.....	43
3.3.3.- Intentos de asimilación y resistencia, 1950s-70s.....	44
3.3.4.-La nueva gran rebelión armada: el PKK.....	45
4.- El declive del poder de los militares.....	48
Conclusión.....	51
Bibliografía.....	53

## Introducción

El ejército turco ha mantenido hasta la actualidad un importante grado de influencia en el desarrollo de la vida política de Turquía. Los militares se han visto a sí mismos como los guardianes de lo que se ha llamado *kemalismo*, la ideología basada en los principios del fundador del país, Mustafa Kemal Atatürk. Atatürk fundó la República en 1923 a partir de los restos del Imperio Otomano, y la concibió como un estado-nación uniforme y laico que debía seguir el modelo de las potencias europeas del momento, con miras a convertirse en algo parecido a una democracia occidental. La radicalidad de las progresistas reformas kemalistas chocaba con los tradicionales valores conservadores de la sociedad anatolia y su composición étnica, por lo que ha existido siempre la posibilidad de una reacción antikemalista. En su papel de guardianes de las reformas, los militares han intervenido en la política del país siempre que las han visto amenazadas, tutelando a los distintos gobiernos electos y deponiendo a aquellos que consideraba contrarios a la ideología oficial del Estado. Después de la muerte de Atatürk, el ejército turco ha provocado cuatro cambios de gobierno, mediante golpes de estado o memorándums políticos, en 1960, 1971, 1980 y 1997. Todos ellos se prepararon para hacer frente a al menos una de las tres amenazas que el ejército considera más peligrosas para la República: el islamismo, la inestabilidad política y el separatismo kurdo. El pueblo, al contrario de lo que pudiera parecer, nunca se mostró en su mayoría opuesto a las intervenciones, pues entendía que los intereses de una institución tan respetada como el ejército siempre iban a favor de la nación. Sin embargo, muchos de los acontecimientos de la historia turca, incluidas las actuaciones del ejército, iban a estar marcados por el contexto internacional del siglo XX y los intereses de potencias extranjeras – algo que cambió el sentido del kemalismo original.

En este trabajo explicaré las diferentes intervenciones del ejército en la política turca, no siguiendo simplemente un orden cronológico, sino tomando por separado cada una de las tres amenazas contra las que actúan. En los dos primeros capítulos haré una exposición de los orígenes y los aspectos principales del kemalismo, y analizaré el grado de compromiso kemalista con la democracia. El tercer capítulo estará dividido en tres apartados, el primero dedicado a la reacción islamista, el segundo a la inestabilidad política en el contexto de la Guerra Fría y el tercero al separatismo kurdo. Cada apartado seguirá el desarrollo histórico de una de estas “amenazas” y se centrará en cómo el ejército ha interactuado con ellas. Finalmente, el cuarto capítulo expondrá brevemente el declive del poder militar en Turquía a raíz del ascenso del AKP.

## **1.- Origen del kemalismo**

La República de Turquía fue fundada el 29 de octubre de 1923 por el general Mustafa Kemal, quien más tarde adoptaría el nombre de Atatürk (“padre de los turcos”). El nacimiento de la república fue resultado del desmembramiento del Imperio Otomano al fin de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), y de la posterior Guerra de Independencia (1919-1923) librada por los nacionalistas turcos, liderados por Mustafa Kemal, contra las fuerzas de ocupación aliadas de la Entente. El objetivo del conflicto era deshacer la repartición territorial del Imperio producto del Tratado de Sèvres y crear un estado independiente en la península de Anatolia. La victoria de los nacionalistas turcos, agrupados en la Gran Asamblea Nacional liderada también por Mustafa Kemal, supuso no sólo la aparición de un nuevo estado independiente, sino también el comienzo de la aplicación de una serie de reformas orientadas a transformar la nueva república en un estado moderno y occidental partiendo de los restos de un imperio semi-teocrático y retrasado en muchos aspectos.

### **1.1.- Influencias y precedentes ideológicos**

El origen de estas ideas reformistas se encuentra décadas atrás, durante el largo periodo de decadencia otomano en el que un cada vez mayor número de intelectuales creía necesaria la modernización general del Imperio como única vía posible para mantenerse al nivel del resto de potencias europeas. Muchos de ellos crearon asociaciones, en muchos casos clandestinas, donde se promovían ideales progresistas, constitucionalistas, republicanos, laicos o pro-occidentales. Desde muy joven, Mustafa Kemal estuvo influenciado por estas ideas y perteneció a asociaciones como Patria y Libertad (*Vatan ve Hürriyet*) o el Comité Unión y Progreso (*İttihat ve Terakki Cemiyeti*) (Sahinler, 22), tomando parte en la Revolución de los Jóvenes Turcos que forzó al sultán Abdülhamit II a aceptar la monarquía parlamentaria. Es en estas experiencias y en el fatal desarrollo de la Gran Guerra donde se encuentra el origen de lo que más adelante se denominará kemalismo, la ideología oficial del estado. Mustafa Kemal vivió en primera línea el proceso de desintegración del Imperio Otomano, tanto interno como forzado por el conflicto bélico. El kemalismo gira en torno a los seis principios propuestos por Atatürk que marcarán el desarrollo político de Turquía hasta la actualidad: republicanism, populismo, laicismo, revolucionismo, nacionalismo y estatismo (Sahinler, 70). Cada uno de estos seis principios tiene como objetivo resolver los problemas que, según Atatürk, llevaron a

la crisis y desaparición del antiguo imperio. Su intención no era revivirlo, sino asegurar la adaptación del nuevo estado a las circunstancias del contexto histórico, algo que no hicieron los otomanos.

Una de estas circunstancias fue el surgimiento de la idea de nación, que afectó profundamente a un imperio multinacional como era el otomano. La tradicional tolerancia hacia otros pueblos en el seno del imperio, raramente expuestos a una otomanización o islamización forzada (Sahinler, 14), permitió la supervivencia de identidades nacionales diferenciadas que explotaron durante el auge de los nacionalismos en Europa y se rebelaron contra el dominio turco. Es probable que, debido a ello, Atatürk se decantara por el establecimiento de (relativamente) pequeños estados-nación homogéneos, incluyendo Turquía. Esto también explica el rechazo a una actitud expansionista o revanchista una vez se definieron las fronteras, caso contrario al de otros países perjudicados tras la Gran Guerra como Alemania, Hungría o Italia. El Imperio Otomano entró en crisis en parte debido precisamente a su gran extensión: se requería el abastecimiento de un gran ejército para mantener las fronteras y para controlar las crecientes rebeliones nacionalistas, pero desde hacía décadas faltaban los ingresos extra proporcionados por nuevas conquistas (Sahinler, 15). Atatürk entendió que, en la realidad posterior a la guerra, era más viable un estado de dimensiones contenidas que persiguiera una política de neutralidad mediante la diplomacia. De este modo, el ejército perdía su valor como herramienta coercitiva hacia las potencias extranjeras y se volvía hacia el interior en un papel tanto defensivo como de control y supervisión de las reformas que se iniciarían.

Las reformas de Atatürk encuentran sus precedentes ideológicos en el periodo de las *Tanzimat*, una reorganización general del Imperio impulsada por los Jóvenes Otomanos llevada a cabo a partir de 1839, y ésta, a su vez, se inspiraba en los valores de la Revolución Francesa. Las *Tanzimat* desembocaron en la promulgación de la Primera Constitución otomana en 1876, donde “aparecieron por primera vez los temas de la occidentalización de la sociedad, la modernización del aparato del Estado, la centralización de la administración otomana y la secularización” (Sahinler, 69). Sin embargo, la Constitución quedaría derogada en 1878, tras la derrota en la guerra ruso-otomana, y no se lograrían los principales objetivos marcados. Atatürk desarrolló su ideología a partir del núcleo de ideas de las *Tanzimat* y las adaptó al contexto posterior a la Primera Guerra Mundial. Además, recurrió convenientemente a conceptos clave de la Revolución Francesa como el patriotismo, la independencia y la soberanía nacional por encajar perfectamente en la situación en la que se encontraba lo que quedaba del Imperio Otomano (Sahinler, 69; Veiga, 448). En relación a la

idea de patriotismo, cabe destacar que una de las razones que empujaron a la reorganización del imperio fue la presión de los nuevos movimientos nacionalistas. Las reivindicaciones de las minorías étnicas –mayoritariamente cristianas- provocaron una reacción nacionalista en la mayoría turca (Sahinler, 16), al menos entre los intelectuales, ya que la población aún tenía muy presente la idea de *umma* o comunidad musulmana en general, sin distinciones étnicas. Una de las metas de las reformas kemalistas fue sustituir la identificación nacional del pueblo con la *umma* por una identidad nacional turca. La definición de esta nueva identidad nacional es una fuente de problemas (¿es étnica, excluyendo a kurdos y otras minorías, o se refiere a todo habitante de la República?) que trataré en su correspondiente apartado debido a su importancia y a su posible variación hasta nuestros días.

## **1.2.- La Guerra de Independencia. Toma de poder del kemalismo**

El Armisticio de Mudros y el Tratado de Sèvres dejaron al Imperio Otomano intervenido por las potencias extranjeras y reducido a una parte de Anatolia y a su capital, Estambul. El ejército se desmovilizó y el sultán Mehmet VI recuperó el liderazgo, hasta entonces en manos de miembros del ahora ilegalizado Comité Unión y Progreso. Desgastados por la guerra y sin posibilidad de resistirse, el sultán y el gobierno se mostraron colaboradores con los mandatos de los ocupantes. Con la disolución del CUP proliferaron nuevos partidos que afirmaban ser sus herederos y que fácilmente podrían recuperar el poder perdido. Temiendo un descontrol de la situación, el sultán disolvió el Parlamento e instó a su ejecutivo a gobernar por decreto (Veiga, 439). Siguiendo las órdenes de desmovilización, se enviaron oficiales desde la capital a supervisar el desarme de los restos del ejército otomano. En esta situación, Mustafa Kemal desembarcó en Samsun, en la costa del Mar Negro, como inspector del ejército más importante que quedaba en Anatolia. Muchos de estos oficiales, como él mismo, eran progresistas y nacionalistas que aprovecharían la oportunidad para hacerse cargo de lo que quedaba de las fuerzas armadas e iniciar un movimiento de resistencia contra la ocupación. Según alguna de sus biografías, Mustafa Kemal, que una vez acabada la Gran Guerra se estableció en Estambul, planeó desde el primer momento el movimiento de resistencia, no sólo a nivel militar, sino también preparando desde la capital el soporte político necesario (Veiga, 445); sabiendo que acabaría siendo alejado de la ciudad debido a sus ideas políticas.

Con todo, Menter Sahinler, en su obra *Origen, influencia y actualidad del kemalismo*, plantea la duda de si realmente el movimiento de resistencia armada fue concebido en su totalidad por Mustafa Kemal y otros compañeros afines a sus ideas; o si Kemal simplemente

dotó a grupos de resistencia ya existentes de una ideología, una coordinación y una figura principal de las que carecían (Sahinler, 20). Puesto que antes de su desembarco en Samsun ya se habían formado “comités de defensa” en diversos puntos de Anatolia, y que éstos habían mostrado interés por unificarse en una organización a nivel nacional, parece que la segunda opción es la más plausible. Las necesidades de la resistencia habrían favorecido el apoyo a Mustafa Kemal como líder e ideólogo, alguien con una valiosa experiencia militar, que ya era considerado un héroe nacional durante la Guerra Mundial por su exitosa defensa de los Dardanelos, y que además tenía claros planes de futuro para cuando se hubiera expulsado a los invasores. Así, los oficiales kemalistas se hicieron con el poder tanto militar como político de la resistencia contando con la aprobación popular, una posición de control privilegiada que han mantenido prácticamente hasta la actualidad. En lo militar, el ejército nacionalista combatió a las fuerzas ocupantes hasta expulsarlas o conseguir un acuerdo más favorable, contando en ambos casos con el apoyo indirecto del novísimo Estado soviético, también antiimperialista. En lo político, se formó en Ankara la Gran Asamblea Nacional, un gobierno alternativo al imperial de Estambul, con el que las fricciones eran cada vez más evidentes hasta llegar a la ruptura de relaciones. Finalmente se acabaría fundando la República de Turquía en octubre de 1923 contando con el reconocimiento internacional posterior al Tratado de Lausana (que anulaba el de Sèvres), a la vez que se abolían el sultanato y el califato no antes de que los kemalistas fueran declarados “infieles” por el campo islamista.

Es interesante indagar sobre el apoyo popular al movimiento kemalista durante la Guerra de Independencia teniendo en cuenta el conservadurismo de la mayoría de la población, al margen de la voluntad común por liberarse de la ocupación extranjera. El autor Kemal Karpat apunta a la confianza que se tenía en Mustafa Kemal como héroe de guerra, pero también a la confianza en el ejército como institución. Además de las ventajas que ofrecían las capacidades organizativas de los militares a la hora de reorganizar la resistencia y su estructura política, aún se tenía una visión del ejército propia de etapas anteriores. Tradicionalmente, las fuerzas armadas se veían como “representantes de las más altas virtudes del Estado”, y al Estado “como sinónimo de la sociedad y su identidad cultural-religiosa” (Karpat, 1658). Aunque los objetivos del kemalismo no eran ocultos, no fue hasta la puesta en práctica de las reformas kemalistas que se manifestó el desapego de grandes sectores de la población al nuevo régimen.

### **1.3.- Los principios de la república: las reformas de Atatürk y el papel del ejército**

El objetivo de Atatürk era convertir Turquía en un estado próspero laico, unido, moderno y occidental, algo muy difícil de conseguir teniendo en cuenta que una vez acabada la Guerra de Independencia era justamente lo opuesto a todo ello. Es natural, pues, que las reformas que se llevaron a cabo para comenzar la transformación se toparan con la resistencia de amplios sectores de la sociedad, principalmente conservadores-reaccionarios y minorías. La posición tomada por Atatürk y su gobierno fue la de un paternalismo autoritario que debía guiar al pueblo inmaduro, sin educación ni conocimiento, por la mejor senda, a pesar de la posible oposición popular producto de la incompetencia del mismo pueblo para discernir entre lo mejor y lo peor para sí mismo. Las reformas culturales y el impulso a la educación (creación de un nuevo sistema educativo, escolarización masiva -también femenina-, adopción del alfabeto latino...) deberían preparar a la sociedad para un futuro plenamente democrático una vez hubiera “entrado en razón” y se hubiera desprendido de valores conservadores y reaccionarios que pusieran en peligro la existencia misma de la República. Al menos ésta era la teoría, difícil de poner en práctica en una sociedad que, aunque ilusionada por la independencia recién adquirida y los nuevos proyectos de futuro, seguía arraigada en los valores conservadores tradicionales.

El temor a una reacción que diera marcha atrás a los logros conseguidos (tanto políticos –independencia, integridad territorial, republicanismo...- como sociales –secularización, valores occidentales...) puso de manifiesto la necesidad de implantar unos “seguros” que pudieran detener a tiempo cualquier tipo de amenaza a la República tal y como Atatürk y sus compañeros la concebían. Es aquí donde aparecen las fuerzas armadas como salvaguarda de los valores del fundador, que deben supervisar el desarrollo del país hacia los objetivos marcados.

Hasta ahora he intentado exponer las condiciones que explican la importancia del ejército en Turquía como garante de la República y del laicismo impuesto por el gobierno de Atatürk. Podríamos dividir en tres fases la relación del ejército otomano/turco con la política según cada momento. En la primera fase, desde su establecimiento como fuerzas armadas modernas de corte occidental en las últimas décadas del Imperio Otomano, surgen en el ejército oficiales educados con ideas reformistas o revolucionarias. Estos oficiales, entre los cuales se encontrará Mustafa Kemal, serán los primeros que propondrán abiertamente el republicanismo y el laicismo, unas ideas que en Europa desarrollaron intelectuales surgidos de la burguesía. Ante la ausencia de una clase burguesa en el Imperio Otomano, fue la burocracia



—especialmente el estamento militar— la que desempeñó la función de la burguesía como “productora” de intelectuales opuestos al Antiguo Régimen (Sahiner, 69). Durante esta fase, la faceta política y la militar de estos oficiales se confunden: participan activamente en la vida política, ejercen presión según sus intereses e intervienen en los cambios en el poder.

La segunda fase coincide con la Guerra de Independencia. Tras la derrota en la Primera Guerra Mundial, el repartimiento territorial entre los vencedores, las muestras de debilidad del gobierno imperial de Estambul y el avance de tropas armenias y griegas reclamando aún más territorio, se forma una resistencia armada en Anatolia que pretende recuperar la independencia de, al menos, el núcleo turco del Imperio. Este movimiento, probablemente espontáneo, recibe el apoyo de los restos del ejército otomano comandado por la nueva generación de oficiales nacionalistas turcos y revolucionarios, con Mustafa Kemal a la cabeza. Atendiendo a las prioridades, las decisiones políticas del movimiento nacionalista se subordinan a las militares, por lo que la confusión entre el político y el militar es total. Kemal, que ya tenía el poder político, asumió también la autoridad militar sólo después de que el parlamento en Ankara se la otorgara. Gracias al ejército se consigue la victoria y el reconocimiento internacional del nuevo Estado, y por tanto también la posibilidad de comenzar a aplicar las reformas ideadas por el líder. Sin embargo, es el mismo Mustafa Kemal quien quiere separar las facetas política y militar de los nuevos gobernantes, obligando a sus compañeros a elegir entre las dos carreras (Karpát, 1659), y retirándose él mismo del servicio militar para ejercer su labor únicamente como presidente<sup>1</sup>.

Finalmente, en la tercera fase —objeto de estudio de este trabajo— las funciones del ejército se enfocan hacia el interior. Su principal tarea, al margen de la defensa militar del país, es la de supervisar el desarrollo de las reformas kemalistas y detener las reacciones que puedan dar marcha atrás al proceso revolucionario, incluso asegurando que éstas no lleguen ni a producirse. El militar ya no participa activamente en política, pero se reserva el derecho a mantenerla bajo vigilancia constante y a hacer lo necesario para mantener cualquier peligro alejado del proyecto kemalista. Son principalmente tres los fenómenos que considera como amenazas: la reacción islamista, la inestabilidad política y el separatismo.

---

<sup>1</sup> Veiga lo considera una “medida preventiva, pues buena parte de los disidentes [ex-compañeros de Kemal], aunque ya sin mando, seguían siendo militares en activo” (469). Es posible que así fuera, pero, como indica Karpát, Kemal ya creía en la separación de lo militar y lo político desde años atrás, y es por ello que no sería correcto pensar en la aplicación de esta medida sólo como mera convenciencia política.

## 2.- ¿Es la democracia el objetivo real del kemalismo?

Desde sus orígenes, el kemalismo afirma perseguir la igualdad, el progreso y la democracia, conceptos prácticamente desconocidos durante la existencia del Imperio Otomano. Si bien las reformas llevadas a cabo desde la fundación de la República han apuntado hacia esa dirección, la verdad es que ni siquiera en la actualidad Turquía puede presumir de ser una democracia realmente plena. Mucho tienen que ver en esto las repetidas intervenciones de las fuerzas armadas en la política turca, todas ellas llevadas a cabo bajo el paradójico pretexto de defender el camino hacia la verdadera democracia que, dicen, marca la ideología kemalista. Lo cierto es que existen distintas visiones sobre qué es exactamente el kemalismo y sus objetivos, y la ideología ha sufrido cambios continuos durante los años. En su origen, parece claro que la democracia parlamentaria era una meta para Atatürk, pero sabía que no se podía lograr a cualquier precio (recordemos el descrédito de las democracias en el periodo de entreguerras, durante el que él gobernó) y que era necesario dar una serie de pasos previos. Sin embargo, desde su cargo como presidente, que ocupó hasta su muerte en 1938, siempre fue ambiguo a la hora de indicar hasta dónde deberían llegar esos pasos previos y cuándo se debería dar el paso a la democracia. Esta ambigüedad ha sido utilizada desde entonces por los militares, alegando que la nación “aún no está preparada”. Para el estamento militar, el grado de preparación para la democracia viene dado por el grado de adhesión a los principios kemalistas: hasta que la nación no los siga, no estará preparada para la *democracia*.

El periodo de la presidencia de Atatürk (1923-1938) fue un régimen de partido único casi en su totalidad. Aun así, hay algo que indica la voluntad del líder por convertirlo en un sistema pluripartidista: él mismo impulsó la creación de nuevos partidos alternativos al Partido Republicano del Pueblo (*Cumhuriyet Halk Partisi*, CHP, del que era su fundador), aunque los dos intentos más serios acabaron en fracaso. El primero, el Partido Republicano Progresista (*Terakkiperver Cumhuriyet Fırkası*), surgió de una escisión del kemalismo más tolerante con el islam y las reivindicaciones kurdas, pero fue clausurado por sus relaciones con los levantamientos kurdos en el este y con un intento de asesinato fallido contra Atatürk por parte de islamistas contrarios a la rápida occidentalización. La creación del segundo, el Partido Republicano Liberal (*Serbest Cumhuriyet Fırkası*) fue promovida por Atatürk con tal de iniciar el proceso de transición hacia la democracia, aunque simplemente por ello ya cabe poner en duda la validez de esa posible democracia por ser impuesta “desde arriba” y con una oposición artificial “necesaria para justificar que el sistema era democrático” (Cabo, 63). Este partido fue disuelto por su propio presidente al haber sido infiltrado por islamistas, que lo

utilizaron como oportunidad para organizarse en oposición legal al régimen, ya que se desvió de su objetivo original de convertirse en un partido laicista liberal. Tras ello, no se produjo ningún intento de pluripartidismo hasta 1946. Vemos en estos dos casos la idea de pretendida democracia del kemalismo: no hay inconveniente en establecer un sistema multipartidista, siempre y cuando los nuevos partidos no se basen en ideologías *vedadas* como el islamismo o el separatismo. La Turquía presidida por Atatürk, pues, no puede en ningún caso definirse como una democracia, aunque tampoco como un régimen totalmente dictatorial. Por las características que presenta, sería adecuado describirla como una autocracia paternalista y benevolente hasta cierto punto por su voluntad sincera de mejorar la situación del pueblo y por su relativa contención a la hora de reprimir a los contrarios al régimen. Dejando al margen las rebeliones kurdas en el este, arrastradas desde la Guerra de Independencia y castigadas con dureza, nunca se propuso la eliminación física de los opositores políticos y se prefería su “conversión” o, al menos, su desaparición de la política activa<sup>2</sup>. Este freno en las medidas represivas se da precisamente por la intención de ser –o parecer– una democracia y por querer lograr el mayor consenso posible para afianzar la delicada situación del Estado recién nacido.

Es en esta Turquía bajo la presidencia de Atatürk donde el ejército tiene sus referentes. Por haber sido un factor clave en la consolidación de la independencia del país y por haber sido la institución donde se gestaron los ideales que adoptará el kemalismo, el ejército se ha visto históricamente a sí mismo como guardián de la ideología kemalista. Con la responsabilidad de llevar a la nación *por el buen camino* como pretexto, se apropió del discurso de esta ideología para intervenir cuando creyera conveniente (contradiendo al mismo Atatürk al derogar en 1960 la prohibición de la interferencia en política), cuidando de que el pueblo no cometa el error de deshacer todo lo logrado. Esto es cierto hasta el punto que, cuando hoy en día se habla de “kemalismo”, se está describiendo la ideología de los militares basada en el kemalismo original. Por todo lo que he expuesto hasta ahora, podemos explicar este empeño en no dejar al pueblo decidir por sí mismo con la creencia, arraigada desde la caída del Imperio Otomano, de que el país se encuentra permanentemente al límite del colapso y necesita ser guiado por una élite con la lucidez necesaria para evitarlo.

---

<sup>2</sup> Es cierto que se produjeron asesinatos de opositores destacados como Ali Şükrü o el ex-ministro del sultán Ali Kemal a manos de partidarios del nuevo régimen, pero no se puede afirmar que se llevaran a cabo bajo órdenes expresas del gobierno o de Atatürk. Aun así, la muerte de oponentes significativos fue cínicamente utilizada como “ejemplo” al resto de opositores, evitando la necesidad de un enfrentamiento directo con sectores más amplios y difíciles de controlar (Veiga, 466)

### **3.- Las intervenciones militares en política**

Las intervenciones militares en la política de Turquía se explican, como se ha dicho más arriba, por la voluntad del ejército y las élites kemalistas de guiar al pueblo hacia la construcción del Estado imaginado por Atatürk. El objetivo de estas intervenciones ha sido eliminar las amenazas que para ello suponían los tres principales aspectos contra los que luchaba el kemalismo: la toma del poder por los islamistas, la inestabilidad provocada por los conflictos entre derecha e izquierda y el separatismo de la minoría kurda, la que más resistencia ha opuesto a la asimilación. Al considerarse guardianes de la herencia del fundador, los militares entendían sus intervenciones como un justo cumplimiento de sus funciones. Las intromisiones del ejército en la política del país se han manifestado de distintas formas durante los últimos noventa años: luchando para conseguir la independencia y consolidar el nuevo régimen republicano, reprimiendo las rebeliones separatistas en el este, con los golpes de estado de 1960 y 1980, con los memorándums o golpes encubiertos de 1971 y 1997 o con las amenazas e intentos de coerción desde que el AKP de Erdoğan logró el poder en 2002.

#### **3.1.- Contra “la reacción” – islamismo**

El principal obstáculo para la realización de un ideal *extraño* en la sociedad turca como el kemalista ha sido, desde los inicios de la República, lo que desde la élite se denomina *irtica*: “la reacción”, es decir, el islamismo. En todas sus vertientes, pero más especialmente el islamismo político. Para el kemalismo, el islamismo político es un intento de revertir todos los progresos logrados durante el periodo republicano y volver al sistema político y social otomano. Entendiendo que el abuso político del islam (no el islam en sí) fue uno de los factores que provocaron el estancamiento y el eventual colapso del Imperio, Atatürk intentó marginarlo y sustituir su papel en la política por el racionalismo. Obviamente, no resultaría fácil llevar el plan a la práctica en un país donde aún hoy más del 95% de la población se declara musulmana.

##### **3.1.1.- La oposición al islamismo durante la Guerra de Independencia y el periodo de partido único**

Mustafa Kemal siempre había apostado por la secularización de la sociedad turca. Sus intenciones nunca se habían ocultado, pero en el proceso de la Guerra de Independencia el laicismo no dejaba de ser una cuestión secundaria. Fue el establecimiento de la República, y

especialmente la abolición del califato, lo que alarmó a los islamistas<sup>3</sup> y empezó a generar tensiones entre los sectores progresistas y los más conservadores, aumentando la diferencia ya existente, y convirtiendo estas tensiones entre las “dos Turquías” en clave para explicar el desarrollo de la sociedad y la política turcas hasta la actualidad.

La abolición del califato fue un hecho de importancia extraordinaria para el mundo musulmán suní, al dejarlo sin una cabeza que lo liderase ante el avance del colonialismo europeo en el norte de África y Oriente Medio, territorios anteriormente bajo dominio otomano. El acontecimiento fue considerado un ataque al islam, y el kemalismo empezó a ser visto por los conservadores como la total negación de la religión y las tradiciones en la vida pública de los turcos, que incluían las relaciones históricas con el resto del mundo musulmán, especialmente los árabes, etiquetados como traidores por los nacionalistas turcos debido a su apoyo a los británicos durante la Gran Guerra. Por su abierta oposición al kemalismo a partir de los años veinte, los islamistas se incluyeron dentro de la lista de los “enemigos internos” que supuestamente colaboraban con las potencias exteriores para minar el progreso de las revoluciones kemalistas (Fuller, 26-28). Si bien un gran número de clérigos musulmanes apoyaron la lucha de Mustafa Kemal contra la agresión imperialista, la puesta en práctica de sus medidas progresistas encontró una gran oposición, llevando a los nacionalistas turcos más fervientes a catalogar al islam y sus seguidores como la antítesis del nuevo patriotismo turco (Fuller, 29). Aunque en el nuevo Estado la religión debía quedar totalmente apartada de la vida política, no se puede decir que se el kemalismo promoviera el ateísmo. Entendiendo el islam como parte fundamental de la identidad turca, Atatürk puso como objetivo “nacionalizar” la religión, traduciendo el Corán y las llamadas a la oración al turco, de manera que pudiera ser comprendida en su totalidad por el pueblo. Según el kemalismo, el islam había sido practicado durante siglos por el pueblo turco sin llegar nunca a comprenderlo, y había tomado la forma de un conjunto de supersticiones fácilmente manipulables por la élite otomana (Cornell, 32). Se debían eliminar las supersticiones y volver a un islam “descontaminado” que debería reducirse al ámbito personal. Cualquier intento de convertir la religión en la base de una fuerza política era desvirtuarla y utilizar la ignorancia del pueblo para conseguir beneficios partidistas. La preocupación por el peligro que representaría una oposición islamista organizada estaba justificada: las cofradías y asociaciones religiosas tradicionales que funcionaban incluso sin un califa poseían una enorme capacidad movilizadora.

---

<sup>3</sup> A pesar de que el uso del término *islamista* no es el más adecuado para esta época, es el que utilizaré en adelante para referirme a los grupos más conservadores opuestos a las reformas, predecesores de los islamistas posteriores.

En Turquía, como antes en el Imperio Otomano, esas formas de piedad institucionalizadas poseían una relevancia casi única en el mundo islámico. En 1925, a los kemalistas les inquietó la fuerza movilizadora de lo que había sido uno de los principales modelos asociativos otomanos, capaz de actuar sin necesidad de que existiera un califato y, por lo tanto, al margen del control del estado. Por ello, en noviembre el gobierno se apresuró a prohibir las cofradías y las asociaciones de la piedad mística, anulando sus fundaciones, clausurando sus casi 800 *tekke* (conventos) y mausoleos, que eran lugar de peregrinación y hasta de prácticas mágicas, algo que horrorizaba en particular a Mustafa Kemal, obsesionado con el racionalismo a ultranza. Se prohibieron los adivinos, magos, <<curanderos por el aliento>> y todas sus prácticas. A partir de ahí se intentó difundir un islam racional y adaptado a los nuevos tiempos, controlado íntegramente desde el estado (Veiga, 474).

Merece la pena destacar que muchas de las figuras más importantes del campo conservador en la política y en la economía del país, especialmente en fechas cercanas a la actualidad, han estado vinculadas a cofradías y asociaciones de este “islam de base”, que continuaron funcionando de forma clandestina tras su prohibición.

La primera constitución republicana de 1924 declaraba que la religión del Estado era el islam, como había sido hasta entonces en el Imperio Otomano, pero esta mención se eliminó en 1928. Las reformas puestas en marcha con el objetivo de secularizar el Estado sirvieron como preparación a la introducción de forma oficial y explícita del laicismo en la constitución, en una enmienda de 1937. Desde el mismo establecimiento de la República la religión quedó apartada, el aparato estatal no se encargaba del mantenimiento de las organizaciones religiosas ni de los lugares sagrados y cualquier intento por revertir la situación era considerado antirrevolucionario. El islamismo quedó oficialmente sin representación política. En este momento, sólo el *Terakkiperver Cumhuriyet Fırkası* del ex-general Karabekir, el primer partido de oposición surgido de una escisión del kemalismo más moderada con la religión y las minorías, podía considerarse el único medio por el que los islamistas podían hacerse escuchar. Al menos hasta que, precisamente por ello, fuese considerado demasiado orientado hacia el islam y desmantelado por el gobierno. La segunda oportunidad para el islamismo de plantar cara a los avances kemalistas se presentó gracias a la iniciativa del mismo Mustafa Kemal de crear el *Serbest Cumhuriyet Fırkası*. Este partido tenía como razón de ser el convertirse en una oposición de ideología liberal al hasta entonces partido único, el CHP, y tendría como líder a Ali Fethi Okyar, amigo personal de Kemal. Sin embargo pronto sería visto por todas las corrientes opositoras al gobierno como la única posibilidad de organizarse legalmente, viéndose inclinado rápidamente hacia el islamismo político y provocando que el mismo Ali Fethi lo clausurara al ver la dirección que estaba tomando, lejos de sus propios puntos de vista.

### 3.1.2.- La democratización y los gobiernos de Menderes

Turquía continuó siendo un régimen de partido único hasta 1946. Habiendo permanecido neutral durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial, declaró la guerra a Alemania en los meses finales de la contienda, asegurándose el acercamiento a los Aliados occidentales y un lugar favorable en el nuevo contexto internacional de posguerra. El país se benefició del Plan Marshall, a cambio de lo cual Estados Unidos pidió esfuerzos para la democratización total y el establecimiento de un sistema parlamentario multipartidista. Además, siendo uno de los países fundadores de las Naciones Unidas, “hubo de ratificar la Carta de la ONU, lo que suponía la adhesión a los principios democráticos” (Veiga, 495). En vista de las ventajas que ofrecía el cambio, y entendiendo que era un paso más hacia el país moderno y democrático que visionó Atatürk, İsmet İnönü (presidente tras la muerte de Kemal) permitió la formación, entre otros, del Partido Demócrata (*Demokrat Parti*, DP) de Celal Bayar y Adnan Menderes y, lo que es más importante, no impidió su toma del poder por vías democráticas tras su abrumadora victoria electoral en 1950 – aun cuando al algún general prometió apoyarle en caso de no querer abandonar el poder (Karpas, 1661). Aun sin conocer las imprevisibles consecuencias del cambio, la mayor parte del ejército y el mismo CHP sabía que existían unos problemas reales que había que solucionar, permitiendo que otro grupo se encargara de ello si era necesario. Bayar fue uno de los últimos hombres de confianza de Atatürk, a quien acabó favoreciendo por encima de İnönü, mientras que Menderes (el nuevo jefe de gobierno) poco tenía que ver con el kemalismo: era de familia de terratenientes, de mentalidad liberal-conservadora, fue estudiante del American College de Ankara y se dedicaba a la explotación de los campos de algodón familiares (Veiga, 496).

Lo que parecía un giro hacia la democracia y un cambio de sistema, en realidad no fue tal. El sistema que había dejado el régimen anterior no fue modificado, la ausencia *checks and balances* como el bicameralismo o un tribunal constitucional puso al Partido Demócrata en la misma posición de poder que había tenido antes la élite kemalista y actuó como si la mayoría lo autorizara al uso del poder absoluto (Gunter, 7). Esta mayoría estaba constituida por los sectores sociales de apoyo al DP, “el campesinado, la nueva clase media de negocios que había hecho dinero bajo la autarquía de la Segunda Guerra Mundial [y] las clases técnico-profesionales”. El partido “era adicto a la idea de la libre empresa y de liberalizar el conjunto del sistema”, y aunque en un principio afirmaba querer respetar los principios de Atatürk, pronto quedó claro que se trataba de un partido totalmente opuesto al partido kemalista oficial, el CHP (Veiga, 497). El mecanismo electoral instaurado durante el régimen anterior de dar más diputados al partido vencedor funcionó esta vez en contra del kemalismo, que consiguió

únicamente 69, contra los 408 del DP. El nuevo gobierno utilizó esta mayoría aplastante para actuar con impunidad, dando marcha atrás a algunas reformas y destruyendo las instituciones consolidadas del kemalismo, así como atacando de forma muy agresiva al CHP – confiscando propiedades, locales y medios de prensa. Con los demócratas en el poder y el desarrollo económico de los años cincuenta, la nueva élite civil en ascenso chocaba con las anteriores élites burocráticas, incluyendo un ejército en pleno cambio generacional. Consciente de su nuevo lugar en la sociedad, esta nueva élite cambió su imagen y se volvió más agresiva contra los opositores (Karpát, 1656). Respecto a la religión, el DP empezó a revelar su cara más influenciada por el islamismo, muy presente en su estructura debido a su estrecha relación con las cofradías. Se derogaron prohibiciones referentes a la presencia de la religión en la vida pública, como la que impedía emitir programas de radio religiosos, se reinstauró la llamada a la oración en árabe, se obligó a restaurantes a respetar el Ramadán, se hacía la vista gorda respecto a la poligamia y se volvían a construir y mantener las mezquitas (Veiga, 498). Menderes decía estar dando respuesta a la voluntad nacional con estas medidas, y ciertamente el gobierno recibía un gran apoyo de la sociedad, reforzado todavía más con las ayudas económicas dadas al campesinado, que todavía era parte esencial de la economía turca. La percepción del pueblo era que el anterior gobierno kemalista había perdido su justificación moral al no haber logrado aportar el bienestar que prometió sino que, al contrario, quiso imponer contra su voluntad una serie de valores no arraigados en las creencias tradicionales, y muchas veces opuestos a éstas. El Partido Demócrata prometía deshacerse de “la opresión de los ‘gobernantes sin Dios’”, logrando ese bienestar al mismo tiempo que respetaba el sistema de costumbres y tradiciones populares (Karpát, 1660).

A parte de por el apoyo popular, si Menderes se atrevió a llevar a cabo cambios tan fundamentales en tan poco tiempo fue porque se sentía respaldado por los nuevos aliados occidentales de Turquía. Los Estados Unidos veían en el país a un gran aliado estratégico, fronterizo con la Unión Soviética y con el Bósforo bajo su control, e hizo todo lo posible para integrarlo en el bloque de la OTAN, cosa que finalmente se llevó a cabo en 1952 tras la participación militar de Turquía en la misión de Naciones Unidas en la Guerra de Corea. Era la primera actuación militar del ejército turco contra una fuerza extranjera desde la fundación de la República, dejando atrás la actitud defensiva y aislacionista del periodo anterior para integrarse en la Alianza Atlántica. Bajo Atatürk, el régimen había tenido relaciones más que cordiales con los soviéticos, por lo que desde EEUU se veían con buenos ojos los cambios que los conservadores estaban impulsando en Turquía.



En 1954 volvieron a celebrarse elecciones generales cuyo resultado dejó de manifiesto el tremendo éxito del DP entre la población. Consiguió el 58'4% de los votos frente al 35'11% del CHP, pero mediante la ley electoral vigente desde el periodo de partido único la diferencia en número de diputados era aún mayor: 503 para el DP contra un mísero resultado de 31 para el CHP (Veiga, 500). Viéndose todavía más justificado, el ataque del partido en el poder contra la oposición kemalista se intensificó, dirigiéndose principalmente a sus soportes sociales: “maestros, profesores, intelectuales orgánicos, [y] la burguesía funcional”, se proclamó una ley de prensa que justificaba las restricciones a los medios “que publicaran información <<desestabilizadora>>” y se clausuraron los Institutos de los Pueblos, una institución kemalista dedicada a formar maestros para las zonas rurales, que ahora eran el bastión de los demócratas (Veiga, 500). Además, si hasta entonces el ejército y el DP habían mantenido una relación de respeto mutuo, a partir de 1954 Menderes empezó a insinuar públicamente que el estamento militar era culpable de una situación de estancamiento que su partido estaba corrigiendo, y ciertamente desde el DP se pensaba que su gran apoyo social impediría una justificación para que ningún grupo, en especial el ejército, interviniera en su contra a pesar de los grandes cambios que estaban realizándose (Karpat, 1662).

Sin embargo, este apoyo comenzó a declinar. Una serie de crisis e incidentes relacionados, entre otras cosas, con tensiones con Grecia (inexistentes hasta entonces) a raíz de la descolonización británica de Chipre y con pogromos anti-cristianos que deterioraron la imagen de Menderes llevó a la celebración de nuevas elecciones en 1955. El DP logró una nueva victoria, pero esta vez por mucho menos margen debido a la reorganización de los partidos de oposición, especialmente el CHP, que supo aprovechar el desgaste del gobierno. La permanencia del DP ya no parecía tan segura como antes, el populismo a favor del campesinado degeneró en un gasto descontrolado, el reparto de la riqueza era más desigual, las tierras comunales desaparecían a manos de grandes terratenientes en Anatolia, lo que empujó a muchos a emigrar en masa a las ciudades, y la gestión irresponsable de toda la riqueza generada los años anteriores llevó a que, en 1960, la economía turca estuviera al borde del colapso (Veiga, 503). Voces cada vez más fuertes empezaban a pedir la expulsión de Menderes del puesto de mando, y de poco ayudó el que se pusiera en su contra al ejército culpándolos del desastre de los pogromos por no haber actuado con firmeza (Karpat, 1662). En esta situación, el 27 de mayo de ese año tuvo lugar el primer golpe de estado en la historia de Turquía. No sería el último, pero no fue un modelo para los siguientes por varias razones.

### **3.1.3.- El golpe de estado de 1960**

El principal aspecto que diferenciaba a este golpe de los que lo seguirían fue el grupo de oficiales que lo motivaron, y expresa los cambios que estaba viviendo tanto el país en general como la estructura interna del ejército. La idea del golpe no fue de la cúpula de las fuerzas armadas, como en los posteriores, sino de los mandos intermedios. Los altos mandos eran entonces los oficiales históricos del kemalismo, los que lucharon en la Guerra de Independencia junto a Mustafa Kemal y sus compañeros. La “OTANización” del ejército fue de gran importancia en la gestación de este golpe: aunque cabría pensar que los viejos generales kemalistas serían el grupo más opuesto al gobierno de Menderes, lo cierto es que las reformas a las que el ejército estuvo sometido tras su entrada en la Alianza contribuyeron a “deskemalizar” el sector más veterano, que contaba con una posición cómoda y no se opuso al gobierno del DP, principal artífice de ello. Con la integración del ejército en la OTAN, los oficiales más jóvenes estaban mucho más preparados, habían participado en programas en el extranjero, aprendido idiomas y conocían la percepción que se tenía del país fuera de sus fronteras. Aun así, la casta de generales históricos no permitía su ascenso, a pesar de que éstos sabían más de sables y caballos que de misiles y jets de combate. A esta frustración dentro de las fuerzas armadas se sumaba la incierta situación política. El ataque frontal de Menderes al kemalismo en la política y la burocracia hacía temer que también se atreviera con el ejército, la última institución del kemalismo y ya la única capaz de defenderlo – el inconveniente que a su carrera profesional suponía la casta de veteranos no significaba que los jóvenes oficiales renunciaran a la ideología. Sin embargo, Veiga (505) afirma que “sería inexacto decir que el golpe de mayo fuera kemalista”. Los 38 oficiales golpistas tardaron en encontrar a un general que les apoyara. El que lo hizo fue Cemal Gürsel, “un kemalista camisa vieja, crítico con el gobierno de Menderes”, a quien se situó como presidente de la junta. Gürsel llegaría a ser presidente, primer ministro y ministro de defensa, pero “nunca fue mucho más que el hombre de paja de los 38 oficiales golpistas”. El gobierno formado tras el golpe incluyó sólo a dos de ellos, siendo el resto ministros civiles, lo que apoya la idea de que el objetivo del golpe no era reinstaurar un régimen kemalista, sino detener lo que iba camino de convertirse en una tiranía del Partido Demócrata, que había utilizado peligrosamente las herramientas del estado autoritario kemalista a su favor contando además con el apoyo descontrolado de la mayoría.

Se puede decir que el proceso que llevó al golpe de 1960 confirma una teoría básica del kemalismo original: el establecimiento de la democracia en Turquía sin que el pueblo esté “preparado” (esto es, convencido del ideal kemalista) pondría en el poder a figuras que abusarían de la ignorancia y el sentimiento religioso del pueblo, alejando por tanto al país de

la *verdadera democracia* (esto es, un gobierno del pueblo que sería capaz de decidir por sí mismo y habría dejado atrás las supersticiones y costumbres retrógradas). Es por ello que el ejército, que se consideraba a sí mismo guardián de los ideales de Atatürk, se asignó desde el principio la tarea de estar pendiente de los “enemigos internos”, previendo la necesidad de intervenir si esta situación llegara a ocurrir, como parecía ser el caso. Este golpe, por tanto, sigue el guión kemalista, pero no es un *golpe kemalista* por no querer imponer un gobierno de esta ideología.

Justo tras el golpe, el intento de reiniciar el funcionamiento de la política del país por parte de las fuerzas armadas manifestó las contradicciones entre las dispares propuestas políticas de los oficiales golpistas. Desde Gürsel, un moderado, hasta el ultranacionalista Alparslan Türkeş, “terminaron por entremezclarse medidas reaccionarias con progresistas” y se realizaron purgas en el ejército y la universidad (Veiga, 506). El sector más moderado supo imponerse, aunque los ultranacionalistas agrupados en torno a Türkeş harían sentir su presencia durante los años posteriores. Entre mayo de 1960 y el verano de 1961, con el gobierno impuesto por la junta en el poder, se redactó la Constitución de 1961, que debería remediar los problemas que habían causado la situación anterior al golpe. La redacción se encargó a diputados de varios partidos (excluyendo al DP), académicos, sindicatos y representantes de diversos sectores. El resultado, aceptado en referéndum, fue “la Constitución más progresista que tuvo jamás Turquía” (Veiga, 506), y desmontaba el sistema autoritario del que hizo uso Menderes y el kemalismo antes que él. Se crearon dos cámaras legislativas (Asamblea Nacional y Senado), se introdujo el hasta entonces inexistente Tribunal Constitucional y se cambió el sistema electoral que beneficiaba al vencedor, haciendo así más difícil la formación de gobiernos por mayoría absoluta. La nueva constitución pretendía que el país se acercara más a las democracias occidentales, garantizando la independencia del sistema judicial y los medios de comunicación, la autonomía de las universidades y el derecho a huelga, además de garantizar nuevos derechos sociales y económicos con el objetivo de preparar el estado del bienestar – controlado por un Organismo de Planificación Estatal que debía asesorar al gobierno en lo económico para no repetir el despilfarro de las políticas populistas del DP. Entre los cambios de la nueva constitución destaca el que contradecía una idea básica para Atatürk: se volvía a permitir la participación de militares en activo en la política, de la que quedaron excluidos bajo el gobierno del fundador.

Esta cara más benevolente del golpe contrastaba con la oscura caída del Partido Demócrata. El partido fue ilegalizado y los miembros de su cúpula recibieron condenas de muerte o cadena perpetua. Todas fueron conmutadas excepto la condena a muerte de

Menderes y otros dos ministros. Las ejecuciones se llevaron a cabo en septiembre de 1961 y parecían seguir el modelo de los “castigos ejemplares” de los primeros años de la República, sirviendo de aviso al resto de la comunidad política. La ejecución del más importante líder antikemalista dejó una gran huella entre los conservadores y unas ansias de venganza que se reflejarían en el abierto rechazo al kemalismo que manifestarían formaciones políticas islamistas posteriores, y además agravó las diferencias entre el colectivo progresista del occidente anatolio y el tradicionalista del centro y este del país.

Una de las características del golpe es la enorme desconfianza del ejército hacia los partidos políticos. Las fuerzas armadas declararon que el golpe no fue dirigido contra ningún grupo en particular, sino contra la situación del país, provocada por una lucha partidista que “había debilitado la democracia y la unidad nacional”. Está claro que esto no es cierto, pues los principales perjudicados fueron el DP y sus asociados, pero no por eso se puede decir que el golpe fuera a favor del CHP, al que el ejército criticaba por intentar politizarlo y utilizarlo para lograr sus fines políticos. Se quiso dejar clara la supuesta neutralidad del ejército y demostrar además una motivación social para la intervención: se abrieron investigaciones a terratenientes y a “nuevos ricos” asociados al DP para saber de dónde provenían sus fortunas, en poca sintonía con la mala situación económica de país. Cemal Gürsel declaró que el país necesitaba un nuevo planteamiento social y que el socialismo no sería visto negativamente a partir de entonces (Karpas, 1974). En esta línea se intentó sacar adelante sin éxito una reforma agraria y se favoreció a los sindicatos, sobre los que se suprimía el control policial. La motivación social detrás de estos cambios, que intentaban “armonizar” el país acabando con la desunión de las distintas clases sociales, acabó convertida en un impulso nacionalista (Karpas, 1975). Durante su estancia en el poder, los militares recuperaron la idea de las “casas del pueblo” del periodo de partido único clausuradas por el DP, pero las despojaron de su contenido político y lo sustituyeron por un énfasis en el nacionalismo y la supremacía del Estado. El objetivo era unificar a la nación separada por la política alrededor de “una cultura y un ideal común”. Otra de las instituciones eliminadas por el gobierno de Menderes, la dedicada a la alfabetización y a la formación de maestros en zonas rurales, no fue rescatada, sino que se decidió que los oficiales en la reserva ejercieran como maestros en escuelas rurales con el mismo objetivo unificador a través del nacionalismo. Estas medidas parecían más enfocadas al adoctrinamiento que a la formación educativa. Los dos partidos mayoritarios defendían las labores educativas llevadas a cabo durante sus respectivas etapas en el gobierno, pero el ejército insistía en la idea de que el pueblo no podía gobernarse todavía por sí mismo, por lo que necesitaba una guía marcada por los grupos instruidos, para lo que supuestamente

nada era más adecuado que el mismo ejército en tanto que institución neutral que vela por el bien de la patria en general (Karpaz, 1967). Durante el periodo en que los militares estuvieron en el poder, la idea de Estado era la misma que durante los años treinta: una élite formada por burocracia e intelectuales que gobernaba sobre una mayoría de clase media y emprendedores que mantenían la economía – siguiendo el mismo ideal estatista y autárquico (Karpaz, 1967).

El golpe de 1960 es también llamado en ocasiones la “Revolución de 1960”. Ciertamente el resultado fue el de una revolución. Aunque empezó como una toma del poder por el estamento que anteriormente lo ostentaba, no acabó con el restablecimiento del orden anterior, sino con un nuevo régimen constitucional basado en el equilibrio social y político de los grupos mayoritarios. Así,

estableció, quizá involuntariamente, las bases legales y políticas de una sociedad democrática participativa. [...] Al menos formalmente, el poder fue transferido a un gobierno civil. La Revolución fue exitosamente contenida dentro del marco del estado nacional y canalizada para establecer un orden sociopolítico plural en el que los principales grupos sociales estaban representados (Karpaz, 1968)

En otoño de 1961 el poder político volvió a estar en manos de civiles. Una de las características de los golpistas turcos es que, en todos los casos, fueron lo suficientemente inteligentes como para no quedarse en el gobierno y devolver al poco tiempo el poder a los políticos. Si se quiere, se puede decir que en este aspecto se limitaron a cumplir sus (autoimpuestas) funciones, corrigiendo los “desvíos” que se pudieran dar en el camino a su particular idea de *democracia*.

### **3.1.4.- Los conflictos de los años sesenta y el memorándum de 1971**

Con las elecciones de octubre de 1961 se produjo la vuelta a la normalidad democrática. La masa que formaba el Partido Demócrata, ahora desaparecido, se repartió en distintos partidos que se presentaban indirectamente como sus herederos. Entre ellos, el más prominente era el Partido de la Justicia (*Adalet Partisi*, AP), cuyo nombre ya daba muchas pistas de su carácter. Aun aparentando adherirse a los principios kemalistas, el partido dejaba clara con su beligerancia y sus símbolos (como un logotipo muy similar al del DP, o su propio nombre) su intención de hacer justicia al destino que sufrió la formación anterior, y sobre todo los tres ministros ejecutados. Su fundador, Ragıp Gümüşpala, fue curiosamente un general favorable al gobierno de Adnan Menderes que aceptó a regañadientes el golpe del año anterior y llegó a ser nombrado jefe del estado mayor por la junta, pero que se retiró a la hora de fundar el nuevo partido. Como él, muchos viejos ex-generales que habían sido forzados a retirarse

quedaban ahora libres para dedicarse a la política en todo tipo de partidos (Karpat, 1675). Como fue el caso del Partido Demócrata, la base de votantes era heterogénea, pero los dos grupos mayoritarios dentro del partido eran los liberal-conservadores y los islamistas de distinto tipo (Veiga, 508). Tras la temprana muerte de Gümüşpala, Süleyman Demirel fue elegido nuevo líder de la organización. Demirel, un ingeniero civil de éxito de orígenes rurales humildes, fue ascendiendo socialmente a través de la educación, que completó en EEUU. Fue escogido por ser de los más moderados dentro del partido, más cercano a los liberales que a los islamistas, algo que se debía tener en cuenta a la hora de mantener una imagen que pareciera lo suficientemente progresista a los ojos de un ejército todavía vigilante y con Gürsel como presidente del país. Sus orígenes y antecedentes familiares gustaban a los votantes más conservadores, mientras que su carrera y mentalidad encajaban perfectamente entre los liberales del partido.

Antes de las elecciones de 1961, el ejército se comprometió a aceptar el resultado, fuese el que fuese, previendo una victoria del CHP tras el golpe sufrido por los conservadores con el desmembramiento del DP. La previsión acabó siendo errónea, pues, aunque ganó el CHP, lo hizo por un estrechísimo margen sobre el Partido de la Justicia. Y con la nueva ley electoral ambos grupos se veían forzados a formar coalición para gobernar. La decisión que tomaron fue sorpresiva para todos, pero sobre todo para los militares: los dos partidos gobernarían conjuntamente, con un anciano İnönü al frente. Tanto el resultado en votos como esta decisión fueron inesperados para las fuerzas armadas, pero tenían una explicación. Dentro del CHP crecía una corriente que coincidía con el Partido de la Justicia en un punto clave expresado bajo el lema *Hürriyet içinde kalkınma*, o “desarrollo dentro de la libertad”: el desarrollo de la República era esencial, pero no podía darse a cambio de subordinar la política a la tutela militar. Ambos partidos sufrirían una transformación hacia la democracia intentando superar los errores del pasado, y especialmente en el CHP se daría una nueva interpretación a la modernización y al reformismo. Según el ejército, el cambio en Turquía sólo se lograría si era supervisado “desde arriba”, una idea que se basaba en la recuperación y reformulación del kemalismo (Karpat, 1678). La percepción que tenían de lo que había sido la intervención militar de 1960 hacía pensar a los militares que la población en general aceptaba esta idea de reformismo desde la élite. En realidad la situación era muy diferente, ya que la *revolución* se hizo desde la élite sin tener en cuenta las opiniones y las reacciones del pueblo, del que se pensaba que consentiría los cambios que se llevaran a cabo tal como había hecho en el pasado. “Es cierto que no hubo una reacción popular al derrocamiento del gobierno de Menderes, pues antes de la Revolución las políticas dictatoriales del DP lo hizo impopular”,

pero sí que se comenzó a manifestar una reacción a mediados de 1961 en la forma de “una buena disposición a apoyar a cualquier partido que se opusiera a un régimen elitista, del tipo que fuese” (Karpát, 1679). El ejército ya no era visto como anteriormente, había perdido el respeto tradicional del pueblo y era atacado abiertamente por los más extremistas dentro del Partido de la Justicia.

Las relaciones entre los partidos políticos, en especial el Partido de la Justicia, y el ejército salieron reforzadas tras unos acontecimientos que apuntaban a lo contrario. En febrero de 1962 se descubrió una nueva trama golpista formada por un pequeño grupo de oficiales del ejército de tierra influenciados por las ideas del ultranacionalista Alparslan Türkeş, que fue detectada y detenida por el gobierno en colaboración con el ejército del aire. Posiblemente para no complicar la situación se decidió que los conspiradores quedaran sin castigo. No fue una buena idea, ya que el año siguiente se volvió a detectar otro grupo golpista, y ésta vez el grueso del ejército mostró abiertamente su apoyo al gobierno. Más tarde, en 1964, se produjo un gesto mutuo entre las dos partes: los militares escribieron una carta al gobierno y a los partidos reafirmando su apoyo, pero a la vez pidieron moderación a los extremistas del Partido de la Justicia y a sus aliados en la prensa, que habían iniciado una campaña de desprestigio constante de las instituciones militares. El sector moderado (y mayoritario) del partido, con Demirel a la cabeza, comprendió el planteamiento y las peticiones del ejército y decidió ignorar a los grupos más radicales dentro de su formación, conscientes de que su actitud podría provocar nuevos intentos golpistas (Karpát, 1680). Dentro de la situación todavía de tensión entre el ejército y los herederos del Partido Demócrata, la relación entre las dos partes mejoró considerablemente tras estos sucesos. La fase más delicada posterior al golpe de 1960 acabó con el fallecimiento del presidente Gürsel en 1966, que fue sustituido por el ex-militar Cevdet Sunay. Con su nombramiento, Sunay terminó de consolidar el gobierno civil y ayudó a que las relaciones entre el ejército y el Partido de la Justicia fueran “correctas” (Karpát, 1681).

Sin duda era necesario que estas relaciones se normalizaran, pues en octubre de 1965 el Partido de la Justicia resultó vencedor en las elecciones generales, lo que convertía a Demirel en primer ministro. Esta victoria ya fue anunciada dos años antes con el triunfo en las elecciones locales de 1963, de las que el partido salió reforzado al haber sido capaz de hacerse con el apoyo de las demás formaciones herederas del DP, en un periodo en el que el CHP tenía serios problemas para encontrar aliados estables.

El triunfo del Partido de la Justicia fue un síntoma claro de que de una forma u otra se estaba afianzando la “segunda Turquía”, estructurada en torno a una burguesía liberal que no medraba en

el servicio al estado ni reivindicaba la herencia kemalista. La misma composición social de la militancia y cuadros del Partido de la Justicia era en sí misma una radiografía de esa nueva realidad emergente: artesanos, industriales, comerciantes, campesinos y terratenientes. Esa amplia muestra social se expresaba en un muy variado abanico ideológico que iba desde la derecha conservadora hasta el islamismo, pasando por una destacada representación del liberalismo (Veiga, 511)

Tras el fracaso, el CHP volvió a sufrir cambios importantes: su nuevo secretario general, Bülent Ecevit, quiso inclinarlo definitivamente hacia la izquierda democrática y “con ello terminó por incluir al viejo partido kemalista en el club de los socialdemócratas europeos” (Veiga, 513). La intención era modernizar la ideología del partido, adaptando el kemalismo a los nuevos tiempos, aunque el movimiento no logró mejorar mucho los siguientes resultados electorales.

El gobierno de Demirel puso un gran esfuerzo en la industrialización del país, por lo que sus políticas tendían más hacia el estatismo que hacia el liberalismo económico que supuestamente debía caracterizarlo. Los sectores más conservadores del partido se mostraron frontalmente opuestos a ello, muchos abandonaron sus filas y Demirel se vio obligado a formar un nuevo gobierno al poco tiempo. Entre los desertores del partido destaca Necmettin Erbakan, que formó el islamista Partido del Orden Nacional (*Milli Nizam Partisi*, MNP). Al nuevo partido no le dio tiempo a tener mucho éxito, pero fue el primero de varios partidos abiertamente islamistas y antikemalistas que lo seguirían (Veiga, 512).

Durante los años sesenta empezaron a formarse grupos de izquierda cada vez más radicales que eran respondidos por grupos similares de ultraderecha (con su llamado “comandante” Alparslan Türkeş al frente). El violento diálogo entre los dos bandos, que detallaré más adelante, no aportaba nada positivo a una sociedad ya muy desestabilizada por la mala situación económica aún sin resolver, las migraciones internas y la desorientación general. En marzo de 1971 el ejército entregó un memorándum al presidente de la República “en el que se advertía al gobierno de que era considerado responsable del desgobierno y la inestabilidad” y en el que “se exigía un gobierno fuerte y reformas en la Constitución de 1961 en un sentido kemalista” (Veiga, 515). De no ser así, las fuerzas armadas amenazaban con un nuevo golpe por la fuerza, por lo que Demirel y Ecevit se pusieron de acuerdo para dimitir de sus cargos de primer ministro y líder de la oposición, respectivamente. El ejército tuteló el gobierno durante los dos siguientes años, y durante el proceso clausuró, junto a cualquier otra organización parecida que representara un peligro para la República, el MNP de Erbakan, al ser considerado una organización no compatible con la constitución, en especial en lo que se



refería al laicismo oficial. Erbakan utilizó la ilegalización de su partido para reformarlo al año siguiente, logrando mayores éxitos.

El gesto no hizo sino aumentar la beligerancia del islamismo, cuya organización iría en aumento hasta que, con el fin del gobierno tutelado por los militares, el nuevo partido de Erbakan (Partido de Salvación Nacional, *Milli Selâmet Partisi*, MSP) consiguiera el cuarto mayor número de votos en las elecciones de 1973 y, paradójicamente, formara gobierno con el triunfante CHP. El CHP, antagonista histórico del islamismo, presentaba ahora bajo una nueva generación de políticos una imagen mucho más moderada y conciliadora que la de sus miembros tradicionales (Veiga, 517). De esta manera, “el islamismo radical ingresaba por primera vez en un gobierno turco” en una alianza que Ecevit justificó “alegando que se trataba de un gobierno de centro-izquierda” (Cabo, 78-79). Con este nuevo gobierno se reintrodujo la enseñanza de la religión en las escuelas públicas laicas y se reabrieron las escuelas islámicas. La presidencia del gobierno, ajena a estos cambios, continuaba en manos de militares o ex-militares, ya que Cevdet Sunay fue sucedido por el general Fahri Korutürk. La crisis política que trajo la invasión turca del norte de Chipre en 1974 acabó con la formación de un nuevo gobierno bajo una enorme coalición conservadora creada para contrarrestar la creciente popularidad del “nuevo” CHP (Veiga, 522; Cabo, 79). Süleyman Demirel volvía a ser primer ministro contando con el apoyo de los islamistas. Tanto con Ecevit como con Demirel, “el movimiento islámico había conseguido algo impensable: participar en el gobierno de la República Turca” (Cabo, 79).

### **3.1.5.- La década posterior al golpe de 1980**

A finales de los setenta el islamismo tenía un poder político con el que sólo podía soñar unos años antes. Aun así la situación de inestabilidad volvía a ser preocupante debido a la violencia entre las bandas de derecha e izquierda, a lo que además se sumaban ahora los conflictos religiosos entre la mayoría suní y la minoría chií no representada por el islamismo político, pero envalentonada por el triunfo de la revolución islámica iraní de 1979. Facciones dentro del islamismo más radical se aliaron con los ultranacionalistas de Türkeş en su lucha contra los comunistas y las minorías, que era vista por estas facciones como una lucha contra el ateísmo y los chiíes y alevis (muchos de ellos kurdos). Tal como empezaba a ser previsible, el ejército se pronunció con un brutal golpe de estado en 1980 dirigido por el general Kenan Evren con el objetivo de detener de forma contundente la dirección que estaba tomando la situación del país, perjudicado también por una lamentable situación económica y por un aislamiento internacional producto de la ocupación del norte de Chipre desde 1974.

A pesar de su brutalidad, el golpe de 1980 ha sido a veces descrito como *necesario* para detener las graves confrontaciones internas. Pero para hacerlo, el ejército tuvo que, en ocasiones, tomar parte en ellas. Considerándose a sí mismo una fuerza anticomunista ya desde la muerte de Atatürk, y aún más tras el ingreso de Turquía en la OTAN, el objetivo principal era acabar con la amenaza de las numerosas organizaciones de izquierda, que en su mayoría compartían además las reivindicaciones de los nacionalistas kurdos. Con el cambio de orientación hacia la socialdemocracia del CHP, el ejército ya no podía contar con su confianza, y el islamismo más radical pasó a ser mejor visto por el ejército como herramienta en la lucha contra la izquierda radical y el separatismo, siempre que estuviera bajo control. Al sospechado apoyo militar a la ultraderecha de Türkeş se sumó, tras la activación de la guerrilla comunista kurda del PKK, el apoyo al Hizbullah turco y la presunta implicación de las fuerzas armadas en su establecimiento<sup>4</sup>. Esta organización estaba formada principalmente por islamistas kurdos opuestos a la ideología del PKK, al que se enfrentaban con las armas, y que por tanto podía ser de utilidad en la lucha del Estado contra la guerrilla separatista.

La vuelta a la democracia se produjo tras la aprobación de la Constitución de 1982, la constitución aún vigente y que se puede considerar prácticamente un dictado de los militares para poner fin a la grave situación que atravesaba el país, lo que no pudo hacer el “golpe por memorándum” de 1971. Un factor que condicionó las elecciones generales de 1983 fue la prohibición de participar activamente en política durante diez años a los líderes anteriores al golpe, incluidos Ecevit, Demirel y Erbakan. El ganador fue el liberal-conservador Partido de la Madre Patria (*Anavatan Partisi*, ANAP) de Turgut Özal. Según Veiga (526), los militares ya habían acordado el proceso con Özal, quien les había pedido “cinco años de respiro sin política de partidos para que su receta tuviera buenos resultados”. Turgut Özal era un neoliberal de ascendencia kurda y, como Menderes y Demirel, educado en Estados Unidos. Sus planteamientos económicos fueron asimilados por la población, que hasta entonces veía al Estado como a un “empleador”, y comenzó a activarse la iniciativa privada en el país. Además del neoliberalismo, Özal poseía un rasgo característico de la nueva burguesía turca: “un componente religioso y específicamente no kemalista” (Veiga, 532). Al fin y al cabo, su origen estaba en el mundo tradicional, y hasta hacía poco era un seguidor de Erbakan, de quien se acabó distanciando debido a su radicalismo. Aun así, no renunció al mundo de las cofradías religiosas a las que también estaba vinculado, y su relación otorgó ventajas

---

<sup>4</sup> *Today's Zaman*: “Retired Col. Doğan: No one can hold me responsible for JİTEM” [http://www.todayzaman.com/newsDetail\\_getNewsById.action;jsessionid=D7792BDC0D3948901138008D31D0C038?newsId=232839](http://www.todayzaman.com/newsDetail_getNewsById.action;jsessionid=D7792BDC0D3948901138008D31D0C038?newsId=232839)

económicas y sociales a ambas partes. La vinculación a estas cofradías será un aspecto distintivo del islamismo político turco hasta la actualidad, propio de la nueva burguesía turca.

Por su parte, mientras Özal se empezaba a hacer cargo del país, el entorno de Demirel fundó el Partido de la Recta Vía (*Doğru Yol Partisi*, DYP), que no era más que un refundado Partido de la Justicia. Tras cuatro años de gobierno en solitario, en 1987 Özal canceló la prohibición que afectaba a los antiguos políticos, a los que se permitió volver a participar en unas elecciones, lo que provocó que en 1991 Demirel recuperara el gobierno en una gran coalición. De las elecciones de 1991 destaca el relativo éxito del nuevo Partido de la Prosperidad (*Refah Partisi*, RP) de Necmettin Erbakan, que consiguió la cuarta posición en votos en coalición con otros partidos islamistas y nacionalistas, incluido el MHP de Türkeş. La democracia turca era aún muy débil y ninguna situación lograba estabilizarse por mucho tiempo. El recién creado Partido de la Izquierda Democrática (DSP) de Ecevit, que participó con Demirel en su gobierno, sufrió una escisión con la reaparición del CHP después de su prohibición. El presidente Özal falleció debido a una crisis cardíaca mientras se estaba planteando una salida negociada al conflicto con el PKK, con lo que su cargo fue otorgado a Demirel. El puesto de Primer Ministro, que ahora quedaba libre, lo tomó Tansu Çiller, la primera mujer en el cargo en Turquía y miembro del partido de Demirel (Cabo, 85). En 1994 se celebraron elecciones municipales, en las cuales ascendió notablemente el voto a los islamistas del RP de Erbakan, segundo en los resultados globales tras el Partido de la Recta Vía, pero que logró las importantes alcaldías de Ankara y Estambul. Çiller, como buena representante del partido de Demirel, era partidaria del liberalismo económico, a lo que se oponía el CHP incluido en la coalición con la que gobernaba. El conflicto entre los dos partidos, además de la todavía mala situación económica y una larga huelga de funcionarios llevó a convocar elecciones en 1995 (Cabo, 86).

### **3.1.6.- El “golpe posmoderno” de 1997**

El vencedor en la convocatoria de 1995 fue, de forma sorprendente a pesar de su reciente popularidad, el partido islamista de Erbakan, pero por un margen muy estrecho, ya que los cuatro primeros partidos obtuvieron unos resultados muy similares. Tras un complejo periodo de acuerdos fallidos, finalmente Erbakan y Çiller formaron gobierno. De este modo, con el apoyo del Partido de la Recta Vía (heredero del Partido de la Justicia y del Partido Demócrata), el RP -un partido que se presentaba exclusivamente como islamista- llegaba al primer plano del poder turco (Cabo, 87). Obviamente, el ejército no iba a permitir que un partido islamista fuera de su control se hiciera con las riendas del país, y menos cuando

Erbakan se esforzaba por impulsar reformas que introducían un riguroso islamismo en la sociedad. La gota que colmó el vaso fue la invitación de Erbakan a los líderes de varios países musulmanes de importancia para celebrar una conferencia de la que salió un acuerdo para la “defensa del islam”, algo que preocupaba a Occidente. Al mismo tiempo, la cúpula militar seguía su propia agenda independiente en política exterior acercándose aún más a Israel y Estados Unidos, y actuaba por su propia cuenta en la lucha contra el PKK en el Kurdistán tanto turco como iraquí, donde se llevaba a cabo una “guerra sucia” desde el golpe de 1980 con la colaboración de las fuerzas de seguridad, el gobierno, el crimen organizado y la ultraderecha<sup>5</sup> (Veiga, 552).

Criticado por sus actuaciones, en enero de 1997 Erbakan superó una moción de censura del parlamento, pero el 28 de febrero las fuerzas armadas se reunieron con él y con el presidente Demirel en la reunión mensual del Consejo Nacional de Seguridad, y entregaron al segundo un ultimátum pidiéndole que destituyera a los islamistas. Este nuevo golpe por memorándum –que se conocería como el *golpe posmoderno*- expresó la falta de necesidad para el ejército de llevar a cabo un golpe de estado propiamente dicho. Por su ya establecida tradición golpista, desde el mundo de la política ya se sabía que era capaz de llevarlo a cabo, por lo que simplemente con este gesto el experimentado y prudente Demirel accedió a sus exigencias. Erbakan intentó aferrarse al poder como pudo, pero la amenaza de un golpe por la fuerza forzó la caída de su gobierno en junio del mismo año.

Francisco Veiga (554) apunta varias razones por las que el ejército no se atrevió a convertir el golpe posmoderno en uno “de verdad”: el cansancio producido por los errores de los golpes anteriores y su consecuente caída en popularidad, el porcentaje de población musulmana que se opondría a un nuevo golpe, el temor a desencadenar una “guerra civil de baja intensidad”, o la falta de permiso desde Estados Unidos, que ya tenía suficiente con ocultar como podía los excesos militares de sus aliados turcos contra la insurgencia kurda.

Si de algo sirvió el golpe de 1997 fue para poner de manifiesto la necesidad de un cambio real en Turquía que dejara atrás las dinámicas y los actores de las décadas anteriores. Una posible solución era un nuevo esfuerzo para alcanzar la integración en la Unión Europea, para lo que se necesitaba una fuerza política capaz de llevar a cabo las transformaciones necesarias.

---

<sup>5</sup> Esta relación salió a la luz en 1996 tras un accidente de coche en el que las víctimas, todas del mismo vehículo, resultaron ser un director de la policía de Estambul, un parlamentario miembro de una importante familia kurda y el mafioso y ultranacionalista “lobo gris” Abdullah Çatlı. Se trataba del conocido como *escándalo de Susurluk*.

### 3.1.7.- El AKP en el poder

Ecevit, de nuevo gracias al apoyo de una coalición, se hizo cargo del gobierno durante el lustro posterior a 1997. Cuando todo parecía ir funcionando, una nueva crisis económica asoló el país en febrero de 2001, de la que no sabía muy bien cómo salir hasta que, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, EEUU ofreció ayuda a cambio de colaboración en su campaña contra el terrorismo internacional (Veiga, 557). Pocos meses después, cuando la salud tanto política como física de Ecevit empeoraba alarmantemente, el novísimo Partido de la Justicia y el Desarrollo (*Adalet ve Kalkınma Partisi*, AKP) de Recep Tayyip Erdoğan se hacía con la victoria en las elecciones de noviembre de 2002. Esta victoria sorprendió, más que por quien resultó vencedor, por la mayoría aplastante que obtuvo – lo que no hacía sino certificar la voluntad de cambio político con un partido fresco en el que el pueblo turco depositó grandes esperanzas. Resulta destacable que, debido a las leyes establecidas por la constitución de 1982, tras estas elecciones el parlamento fue ocupado sólo por el AKP y el CHP, un bipartidismo que no se vivía desde los tiempos del DP, lo que no sería la única coincidencia con el partido de Menderes.

En parte, lo ocurrido cerró el ciclo político y social iniciado medio siglo antes: el dibujo de las dos Turquías había quedado definitivamente completado, pero además, parecía haberse encontrado el camino para la reconciliación y la convivencia entre ambas. [...] Muchos analistas mantuvieron contra viento y marea la idea de que el AKP de Erdoğan no era sino un partido islamista más [...], pero se trataba de una conclusión simplista (Veiga, 558)

Es cierto que el AKP surgió de una escisión del Partido de la Virtud (de nuevo otro partido de Erbakan, fundado tras el golpe de 1997 y disuelto por el Tribunal Constitucional en 2001 acusado de fundamentalismo), pero no se puede limitar su descripción a la de un simple partido islamista debido a lo variado de su masa de votantes. El AKP se presentaba como un partido liberal moderado, aunque claramente influido por una ética conservadora musulmana, por lo que decía ser un equivalente islámico de los partidos democristianos europeos. Es por ello que, además de al CHP y a los partidos kemalistas, también se oponía a los sucesivos partidos islamistas de Erbakan. Económicamente, el nuevo partido seguía la estela de Özal. Políticamente, se posicionaba como un partido islamista moderado abierto al diálogo, la modernidad y la integración europea.

Sin duda, el éxito del AKP vino dado por el contexto social y económico de sus militantes, pertenecientes en su mayoría a la nueva burguesía turca. Las cofradías religiosas tradicionales sirvieron de base para el establecimiento de asociaciones de distinto tipo ya desde tiempos de Menderes, pero que florecieron con el gobierno de Özal. Estas asociaciones

más o menos religiosas poseían unas extensas redes de contactos en todos los ámbitos sociales, tanto en Turquía como en las comunidades turcas en el extranjero. La más poderosa de ellas, y aún más en la actualidad, es la de los *fethullahci*, llamados así por su fundador Fethullah Gülen. Su poder no procede únicamente de su extensión, sino de su manera de desenvolverse en los negocios que ellos mismos asimilan a la ética protestante del trabajo, en versión musulmana (Veiga, 534). La manera de actuar y de verse a sí misma de esta nueva clase burguesa tiene mucho que ver con los contactos entre el liberalismo anglosajón (una base del AKP) y el islamismo, que dieron pie al nuevo islamismo político moderado.

Menter Sahinler llega a la conclusión de que el kemalismo provocó esta progresiva reinención del islamismo, empujándolo durante años a la moderación como medio de supervivencia en el sistema kemalista. El momento decisivo para esta reinención vino después de 1997, algo con lo que coincide Thierry Zarcone (citado por Veiga, 561) al decir que el *golpe posmoderno* “evitó el crecimiento de un islamismo radical que no habría permitido la pervivencia de las libertades” y contribuyó al nacimiento de un nuevo islamismo conservador moderado tolerado por “kemalistas, nacionalistas y musulmanes” y que sería el principal impulsor de las reformas necesarias para lograr el ingreso en la UE. Aun así, la élite kemalista siguió poniendo obstáculos al AKP. En 2007, ante la posibilidad de que Abdullah Gül (AKP) ganara las elecciones presidenciales, las fuerzas armadas publicaron en su página web lo que se ha llegado a conocer como *e-memorándum*. El hecho de que el cargo de presidente de la República acabara ocupado por un hombre cuya esposa vestía el velo islámico no era del agrado del ejército, y en esta publicación volvía a recordar su deber de defender los valores laicos del Estado. La polémica atrajo la atención de la UE, desde donde se tomó el proceso como una prueba en la que el ejército debía demostrar su respeto a los valores democráticos. Finalmente esa elección fue boicoteada por los partidos de oposición, pero cuando más tarde Gül se convirtió en presidente el ejército no volvió a pronunciarse. Un año después, el poder judicial, hasta entonces claramente pro-kemalista, estuvo a punto de declarar ilegal al AKP por sus tendencias islamistas aun siendo el partido gobernante en el momento. Fue una de las últimas muestras del poder kemalista antes de que el entorno del AKP iniciara el contraataque.

### **3.2.- Contra la inestabilidad política – Turquía durante la Guerra Fría**

La disolución del Imperio Otomano estuvo marcada por todo tipo de luchas internas, desde conflictos con las minorías cristianas hasta la rivalidad entre los progresistas y los

conservadores. El establecimiento de la República de Turquía bajo el mando de Mustafa Kemal Atatürk fue visto como una oportunidad para reiniciar la sociedad de un modo que debía dejar a un lado las divisiones internas y lograr que todos sus miembros remaran en la misma dirección. Para ello, además de unidad, era necesario establecerse en una posición en el contexto internacional que favoreciera el desarrollo pacífico de la nación sin amenazas exteriores. Atatürk tenía como objetivo la pacificación de la región, sumida en guerras constantes durante los veinte años anteriores, y proponía la neutralidad absoluta de Turquía. Mientras estuvo vivo se mantuvo como pudo la neutralidad, pero el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial y la posterior Guerra Fría forzó a sus sucesores a inclinarse por el bloque liderado por Estados Unidos. Debido a su historia reciente y a su situación geográfica, fronteriza con la Unión Soviética, el país se convirtió en una pieza fundamental en el juego entre las dos superpotencias. Esto quedó reflejado en los acontecimientos que marcarían la historia turca de la segunda mitad del siglo XX, en los que el ejército tuvo muchas veces el papel protagonista. El kemalismo original pasó a ser, en el contexto de lucha ideológica del periodo, un espejo en el que unos veían un sistema que dio inicio a la carrera por el socialismo y otros una ideología autocrática mediterránea más que podía ser utilizada en contra de la expansión comunista.

### **3.2.1.- Las relaciones exteriores durante el periodo de partido único**

La Guerra de Independencia turca debe ser vista como una lucha antiimperialista en la que los nacionalistas turcos liderados por Mustafa Kemal se enfrentaron a los imperios occidentales y sus aliados para deshacer la repartición del núcleo turco-anatolio del Imperio Otomano, especificada en el Tratado de Sèvres, que puso fin a la Primera Guerra Mundial. Contemporánea a la Guerra Civil Rusa, el esfuerzo por la liberación de Anatolia fue visto positivamente por los bolcheviques, que mostraron su apoyo moral a la causa y dieron facilidades a los turcos para acabar por definir a su favor la frontera caucásica del país en detrimento de los armenios, que pasarían a formar parte de la esfera soviética (Cabo, 50). En vida de Atatürk, la relación con Moscú fue siempre excelente y ambos regímenes colaborarían estrechamente en varios ámbitos (seguridad, formación, industria...) con el objetivo de beneficiarse del desarrollo mutuo.

Al mismo tiempo, se optó por la reconciliación con Occidente tras las luchas contra los imperios británico y francés. Occidente había sido el enemigo principal del Imperio Otomano durante las últimas décadas, pero el movimiento revolucionario de Atatürk tenía su modelo en las sociedades democráticas de la Europa occidental. Las buenas relaciones con

todos los vecinos importantes eran, además de un ideal kemalista (uno de los eslóganes de Atatürk era “Paz en casa, paz en el mundo”), una necesidad para el frágil nuevo Estado. El ascenso del fascismo en Italia en el periodo de entreguerras supuso un problema, ya que, como pasaba con el bolchevismo en Rusia, compartía mucho con la situación de Turquía en el momento. Pero, también como en el caso de la relación con la URSS, Atatürk supo limitarse a tomar sólo las ideas de la Italia fascista que consideraba necesarias. En general, Kemal Atatürk “no deseaba importar el fascismo ni el soviétismo, intentaba crear una mentalidad genéricamente occidental y progresista, esto es, capitalista y liberal, pero sin capitalismo ni liberalismo” (Veiga, 483). Esta posición equidistante entre las distintas potencias e ideologías del momento se mantuvo hasta la muerte del fundador, pero debido a la situación internacional, a las puertas de la Segunda Guerra Mundial, no podría durar mucho tiempo.

### **3.2.2.- La entrada en el bloque occidental. 1945-1960**

El sucesor inmediato de Kemal Atatürk, İsmet İnönü, se las arregló para mantener a Turquía en la neutralidad durante la mayor parte de la contienda mundial, aunque el bando más cercano entre las distintas partes implicadas era el de los Aliados occidentales. Cuando el final de la guerra empezaba a ser evidente, Turquía declaró la guerra a Alemania y se incluyó dentro del bloque occidental. Este movimiento marcaría de forma radical el destino del país, pues a partir de entonces Turquía pasó a ser un importantísimo aliado estratégico de Estados Unidos en la incipiente rivalidad con la Unión Soviética, vista con recelo por los turcos al sentir las ambiciones de Stalin sobre el Bósforo y aún más con el anticomunista İnönü al mando. Como se ha dicho anteriormente, la inclusión de Turquía dentro del *mundo libre* comportó una suerte de democratización casi forzada que llevó a la aparición de un sistema multipartidista que puso al DP de Menderes en el poder. La reforma democrática y los éxitos de un partido liberal agradaban a los norteamericanos, que incluyeron a Turquía en el Plan Marshall “con el objetivo de [como indicó Truman] hacer efectiva la modernización necesaria para el mantenimiento de su soberanía nacional y el mantenimiento del orden en Oriente Medio” (Jacoby, 100). La relación se fue estrechando, conscientes ambas partes de los beneficios de su alianza, y Turquía entró en la OTAN y en la Organización de las Naciones Unidas. Esto acababa con la tradición aislacionista del país, y sobre todo lo ponía en una situación de dependencia respecto a Estados Unidos.

La temprana entrada en la OTAN suponía el compromiso de asistir o ser asistido por los otros miembros en caso de ser atacados, y de hacerlo por la fuerza si fuera necesario.



Como otros miembros europeos, Turquía participó en la llamada Operación Gladio, un plan impulsado por la CIA que debía crear en Europa occidental una red secreta de unidades armadas que actuarían como insurgencia sobre el terreno en caso de una posible invasión soviética. En la práctica, Gladio se utilizó como herramienta para controlar a los grupos izquierdistas occidentales mediante grupos violentos de ultraderecha, generando una situación de desestabilidad y miedo que facilitara el apoyo a las fuerzas de seguridad por parte de la población. En Turquía, como no podía ser de otra manera debido a sus contactos con organizaciones paramilitares ultranacionalistas y a su pasado como enlace entre las fuerzas armadas turcas y las de la Alemania nazi, el coordinador de Gladio fue el militar Alparslan Türkeş (Jacoby, 100). Una de sus supuestas primeras acciones fue la explosión de una bomba en 1955 en la casa de Tesalónica donde nació Mustafa Kemal, que se responsabilizó a los comunistas, lo que produjo una reacción anticomunista y antigriega en la población que desembocó en los pogromos de 1955 (Jacoby, 101). No olvidemos que la mala gestión de esta crisis fue uno de los motivos que desgastaron enormemente la imagen de Menderes.

El golpe de estado de 1960 contra Adnan Menderes no supuso un problema para las relaciones con el resto del bloque occidental, pues las razones para el golpe respondían a problemas internos y los oficiales golpistas no tenían la intención de cambiar nada respecto a la política exterior del país. Estados Unidos seguía creyendo que “Turquía era un aliado demasiado valioso como para no perdonarle algunos pecados” (Veiga, 507). A pesar de la intervención militar, era el único país de mayoría musulmana aliado con una situación relativamente estable, aunque esto cambiaría a finales de la década.

### **3.2.3.- Conflictividad izquierda-derecha durante los años sesenta**

A finales de los años sesenta, el gobierno de Demirel, encargado del país desde 1965, mostraba graves signos de debilitación. Como sucedía en el resto de Europa, la izquierda y la derecha empezaron a radicalizarse a mediados de la década, aún más en Turquía por el efecto de su situación fronteriza en el contexto global. Las formaciones de izquierda se fueron fraccionando y radicalizando hasta el punto de que el gobierno decretó la ley marcial ante la amenaza real de desestabilización que presentaba la capacidad de movilización huelguista del sindicato más radical, la “Confederación Sindical de Trabajadores Revolucionarios” (*Devrimci İşçi Sendikaları Konfederasyonu*, DİSK), que apoyaba al Partido de los Trabajadores de Turquía (Veiga, 514). La constitución de 1961 aprobada tras el golpe permitía que militares en activo participaran en política, algo que fue aprovechado por Alparslan Türkeş, quien se hizo cargo en 1965 del Partido Nacional de los Campesinos

Republicanos y lo transformó en el Partido de Acción Nacionalista (*Milliyetçi Hareket Partisi*, MHP, el mismo que forma parte del actual parlamento). Bajo Tūrkeş, el MHP promulgaba un panturquismo racista y anticomunista con una sección dedicada a la “acción directa”: los *Bozkurtlar* o Lobos Grises, que tomaban su nombre de la mitología turca pre-islámica. A esta organización se le asignó el trabajo sucio de Gladio, persiguiendo y aterrorizando mediante asesinatos a los movimientos socialistas y pro-kurdos. Para ello contaba con el apoyo de la nueva Agencia Nacional de Inteligencia turca (*Milli İstihbarat Teşkilatı*, MİT).

Según Danielle Ganser, los miembros [del MİT] apenas podían ser distinguidos de sus colegas Lobos Grises. Estaban [...] institucionalmente unidos porque ambos estaban comandados por el notorio y secreto *Special Warfare Department* de la CIA. [...] Los crecientes lazos entre el departamento y los operativos de Tūrkeş gozaron de un patrocinio considerable por parte de miembros de la OTAN. Además [de proporcionar armas y programas entrenamiento destinados a asimilar el ejército, la policía y los servicios de inteligencia turcos a los norteamericanos], la CIA transfirió encubiertamente armas y explosivos a los Lobos Grises a través de su agente Frank Terpil (Jacoby, 101)

Jacoby afirma que el débil gobierno de Demirel habría perdido el favor norteamericano al ser incapaz de frenar un radicalismo antiamericano generalizado, y la CIA habría apoyado las acciones de los Lobos Grises para sabotearlo. Estados Unidos no podía permitirse el crecimiento del antiamericanismo en plena Guerra Fría y en un emplazamiento geográfico tan sensible.

### **3.2.4.- El memorándum de 1971 y la conflictividad izquierda-derecha durante los años setenta**

El golpe-memorándum de 1971 fue un intento de volver al orden ante la muy inestable situación del país. Los motivos que los militares alegaron para la intervención fueron que “la revolución estaba en peligro” y que Süleyman Demirel se alejaba cada vez más del kemalismo. En esta ocasión, el golpe fue menos violento que en 1960, pero se llevó a cabo una intensa campaña de represión “contra los movimientos izquierdistas, fue suspendido el derecho de huelga y fue disuelto el pequeño Partido Obrero Socialista [fundado en 1961]” (Cabo, 78). El golpe pareció haber sido asistido por los servicios de inteligencia norteamericanos, que prepararon los acontecimientos con antelación y planearon arrestos en masa de figuras de la oposición siguiendo la misma pauta que en Tailandia, Indonesia y Grecia (Jacoby, 102). Se entregó el mando del MİT a Alparslan Tūrkeş, que fue nombrado también vice-primero ministro. Las acciones violentas de los Lobos Grises, originalmente destinadas a provocar una reacción del bando contrario para demostrar el supuesto peligro de

la izquierda, aumentaron en número y contundencia mientras eran toleradas e incluso instigadas desde el gobierno militar (Jacoby, 102).

A pesar de los esfuerzos, el golpe de 1971 no hizo prácticamente nada por resolver los problemas que se había propuesto erradicar, y ni mucho menos consiguió acabar con la violencia y el terrorismo, que aumentaron en la década posterior. Los problemas acarreados durante los sesenta y setenta no se detendrían hasta el golpe de 1980. Los actos de violencia aumentaron cuando la izquierda radical empezó a organizarse para responder los ataques de la ultraderecha. Entre los grupos violentos de izquierda destacan *Devrimci Yol* (Vía Revolucionaria) y *Devrimci Sol* (Izquierda Revolucionaria), que contaban con un gran apoyo y que decían actuar defensivamente ante los ataques de los Lobos Grises. El periodo entre los golpes de 1971 y 1980 estuvo marcado por varios cambios de gobierno. La ocupación del norte de Chipre en 1974 (destinada a proteger a la población turcochipriota de los conflictos interétnicos en la isla) dio una gran popularidad al primer ministro Ecevit, que quiso aprovechar adelantando las elecciones con el fin de lograr por fin la mayoría absoluta para el CHP. El plan se desarrolló contra sus previsiones y fue Demirel quien logró formar gobierno, de nuevo en coalición con muy diversos partidos de derechas, entre los cuales se encontraba el MHP de Türkeş. Este partido se hizo con los ministerios de educación y aduanas, desde los que facilitaba la actividad de los Lobos Grises captando militantes jóvenes e importando armas libremente (Veiga, 522). La violencia entre radicales de las dos facciones no hacía sino aumentar el poder del entorno de Türkeş “hasta el punto que Demirel [constató] que su gobierno se había convertido en rehén de los extremistas de derecha” (Veiga, 523) e intentó desprenderse del MHP adelantando las elecciones a junio de 1977.

Un mes antes de las elecciones tuvo lugar un acontecimiento dramático y aún sin esclarecer: cuando cientos de trabajadores se manifestaban en la plaza Taksim de Estambul durante la celebración del 1 de Mayo, varios individuos armados abrieron fuego a la masa de manifestantes desde las azoteas cercanas, mientras las fuerzas de seguridad obstaculizaban (a propósito o no) las salidas de la plaza. El número de muertos superó la treintena y se produjeron cientos de heridos<sup>6</sup>. Aun sin estar nada claro, una de las explicaciones más aceptadas es que el ataque se llevó a cabo por miembros de la ultraderecha en conexión con la red Gladio. El objetivo de la acción consistiría en acelerar la desestabilización del país, cuyo gobierno era demasiado débil para su importancia geoestratégica, esperando una reacción violenta de la izquierda; de forma que la situación se volviera insostenible y el ejército tuviera

---

<sup>6</sup> El número de víctimas mortales varía según las fuentes, pero suele situarse entre los 34 y los 38, a causa tanto de heridas de bala como de asfixia y golpes producidos durante la estampida posterior a los disparos.

una justificación para intervenir con un nuevo golpe y así volver a estabilizar y fortalecer el Estado. Varios factores hacen pensar que esta teoría puede parecerse a lo que realmente ocurrió: no se detuvo a absolutamente ningún responsable, la policía no recibió ninguna orden de actuar, Ecevit descubrió la existencia de Gladio en Turquía y expresó sus sospechas de que hubiera tenido algo que ver en Taksim, y efectivamente el ejército acabaría dando un golpe de estado que pondría fin a la inestable situación del país. Sea como sea, las fuerzas armadas estuvieron implicadas, como mínimo, en el encubrimiento de lo sucedido. Daniele Ganser, investigador sobre la red Gladio, recoge el testimonio de Bülent Ecevit:

“De acuerdo a Ecevit, el tiroteo duró veinte minutos, pero aun así varios miles de policías en la escena no intervinieron. Cuando llamó al presidente Fahri Koruturk y sugirió un posible vínculo con la *contraguerrilla* [como se conocía a la rama turca de Gladio], Ecevit anotó “Koruturk transmitió mis miedos al entonces Primer Ministro Süleyman Demirel” [...]. Al escuchar las noticias, Demirel “reaccionó con alteración” pero fue incapaz de cuestionar al poderoso ejército y fuerzas especiales” (Ganser, 73)

Todo esto empezaba a revelar la desvinculación entre el gobierno elegido democráticamente y las fuerzas de seguridad, que parecían estar más vinculadas a una oscura asociación entre la OTAN-Gladio y grupos ultranacionalistas que actuaban de forma independiente y con el poder suficiente como para pasar por encima del gobierno legal. La independencia e impunidad de lo que se conocería como “estado profundo” (*deep state, derin devlet*) llegaría prácticamente hasta nuestros días, en los que el gobierno del AKP lleva a cabo grandes esfuerzos para intentar desmantelarlo.

Las elecciones de junio de 1977 dieron paso a un nuevo periodo de constantes cambios en el gobierno. El ganador fue el CHP, pero sin mayoría, por lo que una nueva pero débil coalición de derechas dirigida por Demirel tomó el poder hasta diciembre, cuando volvió a caer por deserciones en el Partido de la Justicia en protesta por la influencia de la extrema derecha en la alianza. En enero de 1978 Ecevit formó otra débil coalición que se hizo con el gobierno, que poco podía hacer frente a la espiral de violencia desatada en las calles (Veiga, 523). Respecto al violentísimo fin de la década de los setenta, Veiga (523-525) aporta algunos datos interesantes: “se calcula que entre 1975 y 1980 murieron 5.713 personas y 18.480 resultaron heridas, cifras superiores a las de la guerra de la independencia contra aliados y griegos entre 1919 y 1922”, el número de activistas armados era de “60.000 sólo en los grupos de izquierdas y muchos más en la ultraderecha” y “sobre un total de 40.000 agentes de policía, 17.000 estaban sindicados en organizaciones de derechas y 2.000 en las de izquierda”. Con los ataques puramente políticos se mezclaban las venganzas personales y las luchas por

motivos étnicos o religiosos. Los Lobos Grises, formados por turcos y “kurdos leales” sunís, empezaron en 1978 una campaña violenta en contra de los alevís (chiíes) en el este del país, para la que utilizaron sospechosamente estrategias militares y armas modernas. Tanto para Turquía como para la OTAN era conveniente mantener controlados a los chiíes de la zona tras la revolución islámica en Irán. Además de por su denominación religiosa, los alevís resultaban sospechosos por ser también kurdos en muchos casos. La violencia contra ellos generaba a su vez más violencia desde la izquierda, ya que muchos de ellos se acabaron identificando con la izquierda radical. Los alevís, de este modo, “a los ojos de la ultraderecha encarnaban en sí mismos todos los peligros que amenazaban a Turquía: el chiísmo, el comunismo y el nacionalismo kurdo” (Veiga, 525).

Varios pogromos contra kurdos/alevís en el este, especialmente en Kahramanmaraş, donde murieron más de 100 personas, resultaron en la proclamación de la ley marcial en trece provincias turcas, con lo que el ejército logró más poder político que utilizó para empezar a preparar el golpe de 1980.

### **3.2.5.- El golpe de estado de 1980**

Fueron varios los factores que acabaron por desencadenar el golpe de 1980. Por un lado, la falta de consistencia en los gobiernos, incapaces de mantenerse en el poder durante mucho tiempo debido a la poca solidez de las coaliciones y la imposibilidad de formar gobiernos por mayoría a causa de la fragmentación del voto. Por otro lado, y relacionado con lo anterior, la inestabilidad y falta de orden en las calles a raíz de los sangrientos enfrentamientos entre facciones radicales opuestas. También tuvo que ver el papel de Turquía como aliado clave de Estados Unidos en el flanco sur de la Unión Soviética y la delicada situación con sus vecinos, en especial el nuevo Irán revolucionario. Los norteamericanos no podían permitir la debilitación de un aliado tan importante, que podría complicar su estrategia en la zona en un momento en que la beligerancia de la URSS se reactivaba con la invasión de Afganistán y la alerta por los cambios en Irán.

La República de Turquía pasaba entonces por el peor momento de su historia debido a la penosa situación económica, provocada por las sanciones internacionales a raíz de la invasión de Chipre y la crisis petrolífera internacional, además de los constantes choques de pistoleros en las calles cargados de ideologías extremas, que para algunos eran señal de una inminente guerra civil. La falta de un gobierno fuerte no hacía prever una mejora de la situación, y para Occidente “el país parecía una víctima propiciatoria para la revolución social más que un peón seguro capaz de contener la nueva amenaza del fundamentalismo islámico”

(Veiga, 526) y la siempre presente amenaza comunista. Por si fuera poco, las relaciones del ejército con los diferentes gobiernos iban de mal en peor, especialmente con un Demirel cada vez más dependiente de los islamistas de Erbakan.

En vista de la situación, los militares empezaron a ver clara la necesidad de llevar a cabo un nuevo golpe de estado. Como ya se ha dicho, este nuevo golpe se preparó mejor que los anteriores, estableciendo contactos con posibles políticos afines (como Turgut Özal, con quien habrían acordado la suspensión del sistema parlamentario durante un corto periodo de tiempo mientras se llevaban a cabo reformas). Los estadounidenses, que según Veiga no ayudaron a los militares a tramitar el golpe, sí se mostraron deseosos de ver una Turquía estabilizada con rapidez: levantaron el embargo de armas vigente y empezaron a enviar la ayuda económica necesaria.

La intervención se produjo finalmente en la madrugada del 12 de septiembre de 1980 bajo el mando del general Kenan Evren. De nuevo, la justificación era el papel del ejército como protector de la República, a la que pretendía rescatar “reiniciando” el sistema político. Todos los partidos fueron prohibidos y sus líderes arrestados y vetados de la actividad política durante diez años, una medida que más tarde Özal revocaría. Como siempre fue el caso con los golpes de estado en Turquía, la intención del ejército no era acabar con la democracia, sino *corregirla*, por lo que devolvieron el poder a figuras civiles en relativamente poco tiempo. La dureza del golpe y de la represión posterior iba a evitar que el país cayera en una guerra civil abierta o experimentara una revolución que destruiría cualquier oportunidad para reestabilizarlo, posibilidades muy reales a pesar parecer justificaciones exageradas para la toma militar del poder. Los radicales sufrieron 112.600 arrestos durante el primer año, algunos de militantes de derechas pero sobre todo de izquierdas; pero también pagaron académicos, políticos locales, sindicalistas y periodistas (Veiga, 528).

“La violencia política en la calle disminuyó drásticamente, lo cual era lógico: la ultraderecha estaba encantada con el golpe y la izquierda recibió un impacto brutal. En conjunto fueron confiscadas 7.000 ametralladoras, 48.000 fusiles, 640.000 pistolas y revólveres y 26 lanzacohetes: todo un arsenal que denotaba hasta qué punto lo que se había estado viviendo en Turquía era una guerra civil de baja intensidad” (Veiga, 528).

Para Veiga, los cambios también tenían que ver con una voluntad de los militares de “restituir lo que suponían era la huella kemalista primigenia”. El general Kenan Evren quería presentarse como un nuevo Atatürk, un salvador que había librado al país del terrorismo y la miseria, y consideraba su golpe una “segunda revolución” que reiniciaría el funcionamiento del Estado. Este supuesto “neokemalismo” poco tenía que ver en realidad con el kemalismo

original, pues “se conservó una praxis económica neoliberal que ningún antiguo kemalista hubiera tolerado” (Veiga, 529), de la que se encargó Turgut Özal, quien precisamente fue el ganador de las siguientes elecciones.

#### - ***Constitución de 1982***

A partir de 1981, una asamblea constituyente elegida por el ejército comenzó a redactar una constitución totalmente nueva, que sería aprobada por referéndum en noviembre de 1982 y continua vigente hasta nuestros días. Insistiendo en la idea de que era necesario un cambio radical, se quiso seguir este camino en vez de reformar la Constitución de 1961 (aprobada también tras un golpe, el de 1960). Se cambiaba de nuevo la ley electoral, que ahora favorecía sólo a los partidos más grandes y hacía casi imposible que los partidos pequeños entraran en el parlamento, para lo que se pasaba a necesitar un mínimo de un diez por ciento del total de votos. Esta condición sigue existiendo y evita el acceso de partidos kurdos al parlamento, por lo que sus miembros deben presentarse de forma independiente, para lo que no existe un mínimo. Respecto a esto, la nueva constitución “prohibía la actividad política basada en clases, secta, lengua o raza: no a islamistas, marxistas o pro-kurdos” (Veiga, 528). También se instauró la obligatoriedad del voto. A pesar de que supuestamente se trataba de una constitución democrática, se preparó con miras a permitir un control estricto por parte del ejército y sus círculos afines, y de hecho institucionalizaba el poder político de las fuerzas armadas. Con esta constitución se daba inicio a la tradición de encuentros mensuales del Consejo Nacional de Seguridad (*Milli Güvenlik Kurulu*, MGK). Este órgano “[reunía] una vez por mes a seis militares -cinco generales y un almirante- en uniforme de gala y a cinco dirigentes civiles” y “[estaba] habilitado para presentar sus "opiniones" al gobierno -en la práctica, órdenes inapelables- sobre asuntos ligados a la *seguridad nacional*” (Rouleau, 20-21). La enorme influencia del MGK en la política turca empezó a reducirse en 2003 con las reformas dirigidas a obtener la candidatura de acceso a la UE bajo el gobierno del AKP. La constitución de 1982 daba al ejército un poder y una autonomía impensable para cualquier estado democrático.

El jefe del estado mayor conjunto está sobre [el] Ministro de Defensa y sobre todos los demás miembros del gobierno: se ubica justo debajo del Primer Ministro en el orden protocolar, cuya autoridad, por otra parte, es menor que la suya en los terrenos más álgidos [...] Por lo demás, tanto la Constitución como las leyes que de ella derivan le aseguran al estado mayor el control, directo o indirecto, de la educación superior así como del sistema judicial en sus aspectos esenciales (Rouleau, 20-21).

Esto fue así hasta la llegada del AKP, que en sus esfuerzos por democratizar el país ha reconocido y atacado los pilares donde se sustenta el poder político de la antigua élite, fijados en esta constitución. Tras las elecciones generales de 2011, tercera victoria consecutiva del AKP, los principales partidos han acordado trabajar en una constitución totalmente nueva que, se espera, sea por fin realmente propia de un país democrático y redactada por actores civiles sin tutela militar.

### **3.3.- Contra el separatismo kurdo – influencia en el desarrollo del ejército**

Uno de los problemas que más ha ensombrecido la historia de la República de Turquía es la todavía no resuelta cuestión kurda. El pueblo kurdo, dividido entre Turquía, Irak, Irán y Siria, ha luchado en varias ocasiones por el reconocimiento, en unos casos, o por la independencia, en otros. En el caso de Turquía, donde hoy representan alrededor del 20% de la población, pasaron de ser considerados en tiempos otomanos un grupo étnico más dentro de la *umma* a ser el principal escollo para lograr el estado-nación homogéneo y centralizado del ideal kemalista. La rebelión constante que protagonizan desde los años 20 los ha puesto en el punto de mira de las fuerzas armadas turcas, y la gestión del conflicto ha sido un asunto clave para todos los gobiernos democráticos del país hasta la actualidad. La existencia de una amenaza interior tan potente ha justificado en muchos casos el gran peso del ejército en la sociedad y la política turcas, aumentando la percepción de que su posición privilegiada es necesaria para la seguridad nacional.

#### **3.3.1.- Los kurdos durante la Guerra de Independencia. La nueva identidad turca**

Tras la derrota en la Primera Guerra Mundial, y junto al reparto del Imperio Otomano entre las potencias aliadas, se contempló en el Tratado de Sèvres la creación de un Kurdistan independiente si así lo deseaba la población kurda. El supuesto referéndum que habría de dar el pistoletazo de salida al establecimiento del primer estado kurdo de la historia cayó en el olvido debido al inicio de Guerra de Independencia turca, en la que los kurdos participaron apoyando a los nacionalistas turcos. Su participación en este bando, en lugar del de los imperios europeos que les ofrecían la independencia, se puede explicar por los lazos religiosos entre los dos pueblos: los kurdos entendieron la Guerra de Independencia como una guerra de liberación islámica contra los invasores cristianos. Además, la oferta de un



Kurdistán independiente perdía valor ante las promesas de Mustafa Kemal de respetar sus derechos nacionales a cambio de su apoyo en el conflicto (Vicién, 25).

Estas promesas no empezaron siendo vacías del todo, ya que “durante algún tiempo, Mustafa Kemal jugó con la idea de una autonomía kurda significativa en el nuevo Estado” (Gunter, 5). Lo cierto es que cuando empezaba a formarse la nueva patria todavía no se tenía muy claro qué significaría ser un “ciudadano turco”. Durante las décadas de retroceso territorial del Imperio Otomano, una gran cantidad de musulmanes de distintos grupos étnicos de la periferia migraron a lo que hoy es Turquía. Svante Cornell explica cómo se solucionó este problema a la hora de definir la nueva identidad turca:

Cuando la República fue creada, una importante parte de la población estaba compuesta por inmigrantes eslavos, albaneses, griegos, circasianos, abjasios y chechenos, mientras que la gente que podía declararse descendiente de las tribus túrquicas que llegaron de Asia Central era ciertamente una minoría de la población de Anatolia. Era en este complejo escenario en el que Atatürk y sus asociados intentaban crear un moderno Estado-nación, una forma de gobierno integrada y unitaria de tipo francés. Por esa razón, el modelo de nación que adoptaron fue cívico, tal como se expresa en la máxima sobre la que se constituye la identidad turca: *Ne mutlu Türküm diyene*, traducido como “Qué feliz es quien dice ‘soy un turco’” – y no quien *es* un turco. Ser un turco significaba vivir dentro de las fronteras de la república y, por tanto, ser su ciudadano. El mismo uso de la palabra “turco”, además, fue una innovación radical, pues durante tiempos otomanos había sido un término despectivo referido a los campesinos anatólios. Por tanto, la palabra “turco” definía una nueva comunidad nacional a la que los individuos, al margen de su etnia, podrían integrarse. (Cornell, 33).

La integración resultó sin duda exitosa para estos inmigrantes, probablemente por su dispersión territorial. Diferente era el caso de los kurdos, que habitaban las mismas tierras desde hacía milenios, vivían agrupados y, en muchos casos, de espaldas al resto de Anatolia. La nueva identidad turca no era para el pueblo kurdo, pues, tan fácil de aceptar, y esto era algo aparentemente asumido por los kemalistas en vista de la posible aceptación de una autonomía kurda. Una señal de esto es que la legación enviada para la firma del Tratado de Lausana, encabezada por el futuro sucesor de Kemal Atatürk, İsmet İnönü, describió el nuevo Estado como una “patria para kurdos y turcos” (Gunter, 5). Sin embargo, las decisiones respecto a esta cuestión cambiaron tras la firma del tratado y pronto se quiso convencer a los kurdos de que se integraran en la nueva nación en construcción, dando comienzo a un largo intento de asimilación forzada.

A la decepción de los kurdos de no ver cumplidas las promesas de respetar su identidad nacional se sumó otra, no menos hiriente: aquello que supuestamente unía los dos

pueblos más numerosos de Anatolia, la religión y las tradiciones comunes, era perseguido y ridiculizado por la nueva autoridad kemalista. El golpe de gracia a las aspiraciones culturales y religiosas kurdas llegó el 3 de marzo de 1924. En el mismo día se abolió el califato y “se prohibieron las escuelas, asociaciones, publicaciones y organizaciones religiosas kurdas, [...] se proscribió la lengua kurda en los tribunales y dependencias gubernamentales y [...] la palabra *Kurdistán* en documentos oficiales” (Vicién, 26).

### **3.3.2.- Periodo de partido único: las rebeliones kurdas y sus consecuencias**

Tras los desplantes de la nueva república, un cada vez mayor número de kurdos comenzó a contestar la situación. Tan sólo unos meses después de la entrada en vigor de las nuevas medidas se produjo el primer levantamiento contra la asimilación forzada y en defensa del islam: la rebelión del jeque Said, de febrero a marzo de 1925. Aun con una duración tan corta, las repercusiones de este levantamiento llegaron mucho más lejos. La primera reacción del gobierno al conocerse el estallido de la rebelión fue la represión total de toda manifestación pública de la identidad kurda, lo que sólo sirvió para que la rebelión se propagara. Una vez se aplastó militarmente en el mes de marzo, se condenó y ejecutó al jeque Said y a los principales líderes a modo de “ejemplo” (Vicién, 27). Robert Olson hace un repaso de las distintas versiones de los hechos según la opinión de diferentes autores sobre si ésta fue una rebelión de motivaciones nacionalistas o religiosas. Por un lado, algunos autores defienden que el objetivo era separarse de la república kemalista y las motivaciones para ello eran ambas, pero la religiosa predominó sobre la nacionalista; y que la rebelión se debería definir como “antidemocrática, antirrepublicana, teocrática, anti-Atatürk y antirrevolucionaria” que pretendía restablecer el sultanato y el califato. Francisco Veiga también defiende la prioridad de lo religioso sobre lo nacionalista (Veiga, 472). Por otro lado, otros autores -Olson incluido- opinan que la motivación nacionalista fue la predominante, a la que se subordinaba la defensa de la religión como excusa para conseguir el objetivo independentista (Olson, 69 a 71). En cualquier caso, la conclusión que se extrae es que la rebelión se alimentó de ambos factores, aunque es innegable que la motivación nacionalista ya era de enorme importancia, y que ésta sólo iría en aumento en cada nueva revuelta.

En 1927 se produjo una segunda rebelión, esta vez de mucho más calado. Tras una serie de revueltas lideradas por miembros del clan del desaparecido jeque Said, los rebeldes kurdos lograron establecer alrededor del monte Ararat lo que denominaron la “República Kurda de Ararat”. El principal comandante de esta pequeña república no reconocida fue, curiosamente, el general İhsan Nuri, un veterano de la Guerra de Independencia (Vicién, 28).

Los rebeldes resistieron hasta su derrota en 1930, en la que fue clave por primera vez el uso de la fuerza aérea turca. Como represalia a la sublevación, y también como medida para acelerar el proceso de asimilación, se aprobó en 1932 una Ley de Asentamientos “que consignaba el Kurdistán como una zona cerrada a los asentamientos civiles” y se diseminó a parte de su población por el resto del país. Además, “se cambió el nombre a miles de aldeas y enclaves, para que no quedara huella de su pasado kurdo” (Vicién, 28).

Finalmente, en 1937 tendría lugar la conocida como rebelión de Dersim, con Seyit Rıza a la cabeza. Convertida ahora en un mito para el nacionalismo kurdo, el impacto de la brutalidad con la que se reprimió ahogó cualquier voz discordante con el régimen durante décadas. Según Vicién, el origen del levantamiento se encuentra en 1936, cuando el gobernador local exigió a los habitantes de Tunceli (como se conocía a Dersim después del cambio de nombre) la entrega de 200.000 fusiles. En vez de rendir sus armas, con lo que quedarían desprotegidos ante posibles nuevos abusos, optaron por la resistencia. Decidido a acabar de una vez por todas con las constantes rebeliones en el este, el gobierno se empleó en eliminar a los rebeldes con medidas propias de una guerra abierta: artillería, bombardeos aéreos e incluso gases tóxicos (Vicién, 29). Además de contra los objetivos “militares”, se cometieron graves abusos contra la población civil en uno de los episodios más oscuros de la época, que aún hoy es causa de polémica al debatir el grado de implicación de Atatürk, por entonces gravemente enfermo, en los hechos. Tras la rebelión, la zona fue desalojada, forzando a muchos de sus habitantes a la emigración o el exilio, y se prohibió a los extranjeros visitarla hasta la década de 1960 (Vicién, 29). Ya no sólo se limitaba la expresión de la identidad kurda, sino que desde entonces se negó su existencia.

#### **- *Repercusiones para el ejército y el kemalismo***

Estas rebeliones y el modo en que fueron reprimidas marcarían el desarrollo posterior tanto del nacionalismo kurdo como del ejército y del propio kemalismo. Sin la intervención armada, los rebeldes hubieran puesto seriamente en entredicho la unidad y la soberanía de Turquía, reafirmando la necesidad de reenfocar el ejército hacia los “enemigos interiores” – la principal idea detrás de los golpes de estado posteriores. Olson defiende que estas rebeliones fueron clave también en el desarrollo del nacionalismo turco a través de la actuación militar. Según la tesis de este autor, las rebeliones kurdas en el este del país contribuyeron al desarrollo de la nueva fuerza aérea turca, una rama del ejército prácticamente irrelevante hasta entonces, pero que cobraría una enorme importancia gracias a su efectividad a la hora de reprimir y controlar desde el aire en un terreno tan complicado como el de Kurdistán, llegando a ser la principal

arma utilizada para castigar e intimidar a los líderes nacionalistas en el periodo de entreguerras. A su vez, el desarrollo de la fuerza aérea contribuyó a la consolidación del nacionalismo turco frente al kurdo hasta los años noventa, haciendo que se volviera “más estridente” (Olson, 72): el nacionalismo turco se presentaba ahora como superior por el hecho de haber sido capaz de imponerse al kurdo mediante el progreso tecnológico-militar. Tras el éxito frente a los rebeldes, y con Atatürk ya ausente, altos cargos del gobierno turco empezaron a hacer declaraciones que simbolizaban la “consolidación y la monodimensionalidad en aumento del nacionalismo turco” (Olson, 93). Estas declaraciones, entre las que destacan las de İsmet İnönü llamando a la “turquización” de todos los habitantes del país, “representan la gran importancia que los líderes turcos daban a la supresión de las rebeliones con el fin de enfatizar la base étnica turca del nacionalismo turco y del kemalismo” (Olson, 94). Según Olson, por el hecho de haber reprimido con éxito las rebeliones, las fuerzas aéreas en particular y el ejército en general permitieron debilitar el nacionalismo kurdo, lo que a su vez contribuyó a que el discurso nacionalista turco se basara cada vez más en el aspecto étnico. Es importante destacar sobre esta teoría que la supresión final de las rebeliones coincide con la muerte de Atatürk y su sucesión por, precisamente, İsmet İnönü, lo que podría indicar el primer cambio importante en la manera de entender el kemalismo tras la desaparición de su fundador. Además, encontrándonos en 1938, hay que recordar el contexto internacional del momento y las tendencias nacionalistas, militaristas y racistas de la época.

### **3.3.3.- Intentos de asimilación y resistencia, 1950s-70s**

La situación cambió de nuevo con la democratización tras la Segunda Guerra Mundial y la entrada en la OTAN. Se levantaron algunas prohibiciones y se relajó levemente el control de las publicaciones en kurdo y de las asociaciones culturales. La constitución posterior al golpe de 1960 contra el gobierno electo de Adnan Menderes, al contrario de lo que se pudiera pensar, no empeoró la situación, ya que aunque se mantenían las prohibiciones sobre el kurdo, se permitió la creación de asociaciones y manifestaciones públicas que reforzaron el movimiento nacionalista, influido por el crecimiento de la izquierda turca. No fue hasta finales de la década de 1960 que, temiendo que el tímido resurgimiento nacionalista provocara una vuelta a la situación de los años treinta, la represión se recrudeció. Una rebelión kurda en ese momento podría resultar aún peor que tres décadas antes si los soviéticos la utilizaban para desestabilizar a un miembro clave de la OTAN como es Turquía. Se crearon unidades militares especiales con apoyo norteamericano para la lucha contra la “insurgencia”, que básicamente consistían en el castigo arbitrario y colectivo a comunidades

kurdas rurales (Vicién, 30; Jacoby, 102) que se veían forzadas a trasladarse a la ciudad, donde el control era siempre más efectivo. El miedo a que los “enemigos del interior” estuvieran apoyados por potencias extranjeras es una constante en toda la historia de Turquía, llegando incluso hasta nuestros días. Ciertamente este temor responde a algunas situaciones con base real (Cornell, 38), aunque el ejército y sus medios afines han sabido exagerarlo para poder justificar su posición. En el contexto de la Guerra Fría y la violencia entre la izquierda y la derecha turcas de los años 70, el poder militar utilizó a la organización paramilitar de ultraderecha de los Lobos Grises para hacer gran parte del trabajo sucio contra los kurdos, del mismo modo en que lo hicieron contra los opositores de izquierda en todo el país. Los abusos no hicieron más que empeorar con el golpe de 1980. La represión del hecho cultural kurdo y el uso de la violencia injustificada llevó a un grupo de nacionalistas de izquierdas a tomar la decisión de plantar cara con los mismos métodos: en 1978 se fundaba en Diyarbakır el *Partiya Karkerên Kurdistan* (Partido de los Trabajadores de Kurdistán), o PKK.

### **3.3.4.-La nueva gran rebelión armada: el PKK**

El PKK fue fundado en 1978 por el entonces estudiante de políticas en la Universidad de Ankara Abdullah Öcalan y se presentaba como un partido político marxista-leninista, nacionalista kurdo e independentista. Öcalan, *Apo* (“tío”) para sus seguidores, tenía experiencia como militante en partidos turcos de izquierda durante todos los años 70, pero sus opiniones y métodos se radicalizaron con la fundación del PKK hasta comenzar, en 1984, la lucha armada contra el Estado, tomando como objetivo las fuerzas de seguridad. Mucho tuvo que ver en la decisión de decantarse por la acción directa el golpe de 1980, del que el PKK, a diferencia de la mayoría de partidos izquierdistas o nacionalistas kurdos, pudo sobrevivir exiliando a sus líderes, principalmente contando con la colaboración de Siria. Para la lucha armada a partir de 1984 se creó una organización guerrillera bajo el nombre de Frente Nacional de Liberación del Kurdistán. El primer ataque en ese año se considera el inicio de una guerra de baja intensidad librada entre el PKK y el ejército turco hasta mediados de los años noventa, pero que aún en la actualidad sigue sin estar resuelta (Veiga, 543; Vicién, 32). Durante el conflicto, el PKK se ha establecido como la referencia para el nacionalismo kurdo en Turquía y para muchas de las organizaciones similares en las regiones predominantemente kurdas de los países vecinos. El hecho de que un partido con una ideología marxista tomase las riendas del nacionalismo kurdo supuso una gran perturbación dentro del mismo colectivo nacionalista: los terratenientes e islamistas conservadores, cabecillas tradicionales de los anteriores intentos separatistas, quedaban ahora marginados, debiendo someterse a la

ideología dominante o arriesgarse a enfrentarse al PKK. El partido estaba por tanto libre de las conexiones y lealtades tribales tradicionales, que consideraba herramientas que el sistema “colonial” turco utilizaba a su favor para controlar la situación de la región (Cornell, 36). El ejército turco utilizó esta rivalidad a su favor, beneficiando a los kurdos conservadores a cambio de que llevaran a cabo tareas de control y vigilancia de los partidarios del PKK, lo que acabaría desembocando en una suerte de “guerras civiles kurdas”.

El conflicto, con raíces en problemáticas sociales, culturales, económicas e ideológicas que se arrastraban desde hacía tiempo, fue planteado por el ejército como exclusivamente de carácter militar, del mismo modo que se hizo en las rebeliones de los años treinta (Veiga, 543). Después del retorno del poder a las instituciones civiles en 1983 tras el golpe de 1980, las políticas respecto a los kurdos continuaron estando determinadas por el ejército. También cuando la toma de decisiones era tarea conjunta del gobierno y del ejército, los militares tenían la última palabra en todos aquellos temas relacionados con la cuestión kurda. La clara posición y determinación de las fuerzas armadas en este tema se ve reflejada en la renuncia por parte de los poderes civiles a reducir la influencia militar en las decisiones, temiendo una nueva intervención:

Philip Robins apunta que las experiencias personales llevaron a políticos turcos, en particular a Süleyman Demirel mientras servía como Primer Ministro, a contenerse a la hora de reducir el papel del ejército en relación a los kurdos. En dos ocasiones, en 1971 y 1980, siendo Primer Ministro, Demirel fue sujeto a intervenciones militares, y prefería evitar dar al ejército un pretexto para intervenir una tercera vez. (Nachmani, 33-34).

Queda clara la importancia de la cuestión kurda para el estamento militar, hasta el punto de que una limitación en su control se convirtiera en un motivo para otra intervención, además del pavor que la posibilidad de un nuevo golpe infundía en los representantes políticos del momento.

A principios de los noventa, en el momento más intenso de la contienda, y debido a los contactos con el entonces presidente Turgut Özal, el PKK mostró signos de querer renunciar a la total independencia del Kurdistan y llegar a un acuerdo intermedio con el gobierno. Este posible acuerdo, sin embargo, quedó en nada tras la inesperada (*y oportuna*) muerte de Özal – algo que permitía al ejército intentar acabar con el problema a su manera, sin necesidad de negociar. Los ataques a puestos de la guerrilla aumentaron y sirvieron para limitar sus movimientos a la vez que Siria expulsaba a líder Öcalan, hasta entonces refugiado en el país. Como no podía ser de otra forma, las decisiones del ejército se impusieron por la fuerza sobre cualquier opción política y se capturó a Öcalan en una operación militar en Kenia, donde

había huido. Con la captura del líder y fundador del PKK se pensó en el final de la actividad violenta del grupo, pero, a pesar del golpe encajado, ésta continuó con mayor o menor intensidad hasta nuestros días.

La caída del bloque comunista y el encarcelamiento de por vida de su líder empujaron al PKK a revisar su nueva situación de debilidad. En los años anteriores se había impuesto a cualquier ideología alternativa, incluyendo los nacionalistas conservadores, definiéndose como un partido revolucionario internacionalista y ateo que luchaba por los derechos de los kurdos en tanto que pueblo oprimido y apostaba por la alianza de las clases trabajadoras turcas y kurdas. A partir de la década de 2000, el factor nacionalista cobró más importancia, intentando aglutinar a todas las fuerzas nacionalistas y manteniendo sólo en apariencia el discurso marxista. El islamismo vuelve hoy a ser clave en el movimiento nacionalista kurdo, dentro y fuera del PKK, en un proceso paralelo a la vuelta al poder de los islamistas turcos<sup>7</sup>.

Quizá este cambio tuvo algo que ver con los esfuerzos del gobierno de Recep Tayyip Erdoğan por solucionar la cuestión kurda en el marco de su “Iniciativa Democrática”, que tenía como objetivo mejorar las condiciones democráticas, de libertad y de respeto a los Derechos Humanos en Turquía. Empezando en enero de 2009, se llevaron a cabo progresos en materia de respeto a los derechos culturales de los kurdos, como el lanzamiento de un canal en kurdo en la televisión pública o la amnistía a ex-miembros del PKK; y la guerrilla colaboró suspendiendo sus ataques. Pero en diciembre del mismo año se daba por concluido el acercamiento con la reanudación de los atentados y la clausura del DTP, el principal partido nacionalista kurdo y aparente rama legal del PKK (y que se refundaría como BDP). Entre las razones para el fracaso se encuentra, además de la intransigencia tanto del PKK como del gobierno en determinados puntos, la presión añadida del pronunciamiento del ejército al respecto, anunciando que “el Estado Mayor continuaba comprometido a preservar la estructura unitaria de Turquía” y que “la iniciativa no puede ser aceptada como un proceso de compromiso con el PKK”<sup>8</sup>. Aun sin haber encontrado una solución a la cuestión kurda, el gobierno de Erdoğan ha demostrado no querer seguir el mismo camino que los gobiernos anteriores y ha dado pasos significativos hasta hace poco impensables, como una disculpa oficial por la masacre de Dersim; si bien es cierto que tras el fracaso de la “Iniciativa” ha recuperado en ocasiones el discurso nacionalista de décadas anteriores.

---

<sup>7</sup> Ruşen Çakır, “Is the Kurdish movement leftist or nationalist?” *Hürriyet Daily News*, 19/10/2011.

<sup>8</sup>TIMELINE: Turkey's Kurdish initiative has faced rocky road, *Hürriyet Daily News*, 23/6/2010

#### 4.- El declive del poder de los militares

Con la llegada del AKP Turquía ha dado uno de los cambios de rumbo más importantes desde su fundación. Después de años de inestabilidad, a partir de 2002 ha existido por fin un gobierno fuerte y por mayoría que recoge las experiencias del pasado y da pasos decididos hacia la integración del país en la Unión Europea. La absoluta democratización del país parece ser la gran meta del partido, para lo que naturalmente ha tenido que luchar contra la posición de poder del ejército. El apoyo popular del AKP es muy alto, pues es un partido liberal democrático que ha sabido mantener y reivindicar la identidad islámica tradicional compartida por una gran parte de la población. Sus intentos de convertir el ejército turco en unas fuerzas armadas propias de un país democrático, sometidas al poder civil, se han hecho de forma progresiva, casi sin movimientos bruscos que pudieran provocar una reacción militar ni que resultaran ofensivos también para el pueblo, que a pesar de todo sigue valorando el ejército positivamente.

Los miembros del AKP eran conscientes de la resistencia con la que a ellos se opondría el *establishment* laicista, por lo que en los primeros años actuaron con cautela aun sin ocultar nunca sus intenciones de cambio. Esta actitud de “mantener la mirada” a los kemalistas y al ejército, algo muy difícil en décadas anteriores, se explica por los progresos de los islamistas en varios ámbitos, en especial su nueva posición predominante en el mundo de la economía y los negocios – lo que les daba una posición más fuerte: el impulso que dieron a la globalización de la economía turca, que ahora dependía de sus conexiones con el resto del mundo, hacía mucho más difícil un golpe de estado. Además, contaban con el respaldo de una Unión Europea cada vez más cercana que facilitaba la introducción de reformas democráticas. La posible entrada en la UE suponía para los militares el renunciar a gran parte del poder que tenían hasta entonces, pero a la vez significaba la realización del viejo sueño kemalista de integración en Europa. Así, poco a poco se fueron limitando los poderes del ejército en política. Lo últimos intentos de oponerse abiertamente al AKP en 2007 y 2008 (*memorándum* e intento de clausura del partido) dieron paso a un contraataque que continúa en la actualidad. Contando con el gran apoyo de la comunidad pro-islamista del país y del de una parte de los liberales, la nueva burguesía conservadora ha conseguido introducirse gradualmente en los centros de poder antes ocupados por los kemalistas, como el mundo académico, los medios de comunicación y, después de los cambios constitucionales de 2011, también el sistema judicial.



La nueva posición de confianza de los islamistas ha empezado, sin embargo, a preocupar también a algunos liberales y observadores internacionales. Si bien en su origen el AKP era un partido conservador liberal muy moderado, el tiempo en el poder y la percepción de estar incontestado parece haberlo radicalizado, apareciendo sutiles diferencias entre los sectores más liberales y los sectores más islamistas dentro del partido. Esto hace recordar el origen del AKP, una escisión del Partido del Bienestar de Erbakan. Mientras el partido de Erbakan era mucho más beligerante, con un discurso islamista más agresivo, el AKP tiene una apariencia más moderada, pero con el tiempo parece demostrar que sus ideas son muy parecidas. Tras tres abrumadoras victorias electorales consecutivas, el gobierno de Erdoğan parece estar “ebrio de poder” y vuelve a aparecer el exhibicionismo que caracterizaba a los partidos islamistas anteriores. Muchas voces critican el autoritarismo del primer ministro y una actitud envalentonada fruto de sus éxitos. En ocasiones se habla de “neo-otomanismo” por una política exterior mucho más intervencionista y que utiliza la amplitud internacional de la creciente economía turca para, de algún modo, recordar los tiempos en los que Turquía era el líder del mundo islámico. Esta actitud se reproduce en el interior, con reformas sociales y educativas de un claro carácter islámico o de un gran simbolismo, como el anuncio en 2012 de la construcción de una enorme mezquita en Taksim, en el centro de Estambul, un antiguo sueño del islamismo turco que ahora parece ser capaz de cumplirse.

Desde el campo kemalista se tiende a hablar de una toma de poder de los islamistas más radicales a través de la fachada de liberalismo y democracia del AKP. Sospechan sobre todo de los *fethullahci*, muy próximos al partido y muy numerosos, a los que acusan de haberse infiltrado en las instituciones estatales y especialmente en la policía. Al margen de todo tipo de teorías conspirativas, lo cierto es que el cuerpo de policía ha sido una de las herramientas que el AKP ha utilizado con más efectividad como contrapeso al poder del ejército. Es la policía y los servicios de inteligencia, supuestamente también infiltrados por islamistas, los que han liderado el esfuerzo en las grandes campañas de detenciones de militares y civiles kemalistas a raíz de los casos *Balyoz* y *Ergenekon*. El primero surgió con el descubrimiento en 2010 de los planes para una supuesta nueva trama golpista que se remontaban a 2003, en la que un grupo de militares se habría propuesto desestabilizar el país (mediante, entre otras cosas, atentados y conflictos con Grecia) como justificación para expulsar al AKP del poder mediante un golpe, siguiendo el modelo de 1980. El segundo es una larga campaña de arrestos y detenciones a todo tipo de individuos opuestos al gobierno supuestamente vinculados a la banda ultranacionalista *Ergenekon*, una organización compuesta por miembros de las fuerzas de seguridad, académicos, jueces, periodistas,

mafiosos y ultranacionalistas que actuarían clandestinamente con el objetivo de derrocar al AKP – y que sería heredera del “estado profundo” con origen en la operación Gladio, actuando ahora por libre persiguiendo sus propios intereses. Las detenciones por ambos casos han llegado a los altos cargos del ejército, incluyendo el ex-jefe del Estado Mayor İlker Başbuğ. Es precisamente el caso *Ergenekon* una de las razones por las que se ha empezado a sospechar del compromiso democrático del AKP. Aun habiendo indicios de que *Ergenekon* es real (algo que muchos kemalistas niegan), puede ser también interpretado como una caza de brujas dirigida a controlar la oposición kemalista, pues se han dado muchos casos de detenciones de opositores y críticos del gobierno a los que se relaciona con la organización sin pruebas claras. Casos como éstos presentan la duda de si en los últimos años la aparente democratización del país ha ido degenerando en un *ajuste de cuentas* con los kemalistas, muchos de los cuales son hoy en día socialdemócratas comprometidos con las reformas de Atatürk, en especial el laicismo. También preocupan los repetidos escándalos en los principales partidos de la oposición (CHP y MHP), en los que han aparecido en Internet grabaciones comprometidas relacionadas con la vida privada de algunos de sus líderes, arruinando su imagen pública y favoreciendo al AKP siempre en momentos decisivos, sin que se diera con ningún responsable.

Sea como sea, los evidentes avances democráticos llevados a cabo por el AKP han servido, entre otras cosas, para despojar a las fuerzas armadas de su poder anterior. La indicación más significativa de esto fue la dimisión en bloque de la cúpula militar en 2011 en protesta por los encarcelamientos indiscriminados de militares, lo que se ha querido entender como una rendición de los militares al poder civil<sup>9</sup>. También resulta importante el juicio actualmente en proceso a los generales que lideraron el golpe de 1980, imposible hasta hace muy poco por el monopolio kemalista del poder judicial. Los cambios experimentados durante los últimos diez años hacen pensar en una “Turquía post-kemalista”, fuera o dentro de la UE, pero en un principio acorde con los valores democráticos europeos, para lo que será clave una prometida nueva constitución totalmente civil. Por suerte, al no obtener la mayoría absoluta en las pasadas elecciones, ésta no se convertirá en un dictado del AKP, como fue un dictado del ejército la de 1982. Las sospechas que ha levantado el partido del gobierno en los últimos dos años ponen de relieve la urgente necesidad de un contrapeso en forma de un

---

<sup>9</sup> Resultan muy significativas las declaraciones del jefe del Estado Mayor respecto a la dimisión en bloque: “Se ha convertido en imposible para mí continuar en este puesto, pues me resulta imposible cumplir con mi responsabilidad como jefe del Estado Mayor de proteger los derechos de mi personal”. Nunca antes el ejército se había visto tan impotente ante el poder civil. (<http://www.bbc.co.uk/news/world-europe-14346325>)

partido de oposición efectivo, algo en lo que el CHP se esfuerza por convertir, todavía sin éxito.

## Conclusión

El ejército ha tenido un papel decisivo en la historia de la República de Turquía, tanto en su proceso fundacional como en su desarrollo posterior, en especial durante la segunda mitad del siglo XX. Esta institución asumió la responsabilidad de velar por que la República siguiera el camino marcado por su fundador, Mustafa Kemal Atatürk, lo que llevó a los militares a intervenir en varias ocasiones con el fin de rectificar la dirección que tomaba el país. Estas intervenciones se dirigieron en contra de los tres aspectos que más hacían peligrar el plan kemalista: la amenaza de la reacción islamista, la inestabilidad política y el separatismo kurdo. Se puede decir que, desde 1960, el estado de vigilancia del ejército lo colocó permanentemente en el poder, pero sin formar parte de él: durante más de cuarenta años Turquía estuvo bajo un “gobierno militar de baja intensidad”, esto es, los gobiernos elegidos democráticamente podían actuar sólo dentro de los márgenes establecidos por las fuerzas armadas.

El celo con el que los sucesores de Atatürk quisieron mantener su herencia provocó, paradójicamente, la mutación del significado de *kemalismo*. Esto se produjo en varias fases desde la muerte del fundador hasta la actualidad. Primero con el *kemalismo sin Kemal* de İnönü, más tarde con la *OTANización* de Turquía y la experiencia del golpe de 1960 y, finalmente, con el golpe de 1980. Actualmente se suele dar el nombre de kemalismo a la ideología ligada a los militares surgida en 1980 y basada en su interpretación del kemalismo original. La acotación del significado de kemalismo a la interpretación que hacían los militares se puede explicar, por un lado, por el desarrollo de la sociedad turca, que demostró no estar de acuerdo con muchos de sus preceptos al votar a fuerzas contrarias en cuanto tuvo la oportunidad de escoger a sus gobernantes; y por otro lado, por la influencia del contexto internacional al alinearse Turquía con el bloque occidental. Del kemalismo original se mantuvo su fachada simbólica, mientras el sistema que acabaría por establecerse fue una democracia limitada y controlada por unas fuerzas armadas favorables a las políticas occidentales. El control a la democracia surgía del miedo a que el pueblo escogiera libremente seguir un camino alternativo al previsto (ya fuese el islamismo, el comunismo o la independencia kurda), por lo que, de ser en sus inicios un movimiento progresista con la vista

puesta en el futuro, el kemalismo pasó a ser una ideología basada en un pasado que sus seguidores debían proteger.

*Los sucesores de Atatürk prefirieron convertirlo en bronce, luego de borrar de su legado lo que les parecía anacrónico o molesto. Hicieron del "kemalismo" un dogma de Estado, atribuyéndose el monopolio de su interpretación. Pudieron así definir sistemas de gobierno y comportamientos políticos según su conveniencia y sancionar, de paso, a quienes los cuestionaran. El dogma, simple en su enunciado, lo suficientemente vago en su contenido como para adecuarlo a voluntad, se presenta como indiscutible. Está cifrado en unas pocas palabras: integridad del territorio, unidad de la nación, laicismo de la República. Honorables principios a los que todos y cada uno no pueden sino adherir, pero cuyo exclusivo guardián pretende ser el ejército. (Éric Rouleau, "El poder de los militares turcos")*

## Bibliografía

- CABO, Isabel de: *Turquía, Grecia y Chipre: Historia del Mediterráneo Oriental*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2005.
- CORNELL, Svante: "The Kurdish Question in Turkish Politics" en *ORBIS*, Vol. 45, n. 1, p. 31-46, 2001.
- FULLER, Graham: *The New Turkish Republic: Turkey as a Pivotal State in the Muslim World*. Washington, D.C.: United States Institute of Peace, 2008.
- GANSER, Daniele: "Terrorism in Western Europe: An Approach to NATO's Secret Stay-Behind Armies", en *The Whitehead Journal of Diplomacy and International Relations*, pp. 69-97, 2005.
- GUNTER, Michael: *The Kurds and the Future of Turkey*. New York: St. Martin's, 1997.
- JACOBY, Tim: "Political violence, the 'War on Terror' and the Turkish military" en *Critical Studies on Terrorism*, Vol. 3, n. 1, 2010.
- KARPAT, Kemal: "The Military and Politics in Turkey, 1960-64" en *American Historical Review*, vol. 75, n. 6, 1970.
- NACHMANI, Amikam: *Turkey--facing a New Millennium: Coping with Intertwined Conflicts*. Manchester: Manchester UP, 2003.
- OLSON, Robert: "The Kurdish Rebellions of Sheikh Said (1925), Mt. Ararat (1930), and Dersim (1937-8): Their Impact on the Development of the Turkish Air Force and on Kurdish and Turkish Nationalism" en *Die Welt des Islams*, Vol. 40, n. 1, pp. 67-94, marzo de 2000.
- ROULEAU, Éric: "El poder de los militares turcos" en *Le Monde diplomatique*, edición española, n. 16, pp. 20-21, octubre de 2000. URL: <[www.insumisos.com/diplo/NODE/2608.htm](http://www.insumisos.com/diplo/NODE/2608.htm)>, consultado el 9/4/2012.
- SAHINLER, Menter: *Origen, influencia y actualidad del kemalismo*. Guadarrama: Ediciones del Oriente y del Mediterraneo, 1998.
- VEIGA, Francisco: *El Turco: diez siglos a las puertas de Europa*. Madrid: Debate, 2006.
- VICIÉN, Enrique: *Kurdistán, el país mental*. Barcelona: Asociación para las Naciones Unidas en España (ANUE), 2008.



Mustafa Kemal (izq.) con İsmet İnönü durante la Guerra de Independencia. Foto: Wikimedia Commons



El primer ministro Adnan Menderes es detenido durante el golpe de 1960. Más tarde sería ejecutado junto a dos de sus ministros, todos del *Demokrat Parti*. Foto: [todayzaman.com](http://todayzaman.com)



Manifestantes intentando huir por una de las salidas bloqueadas en la plaza Taksim de Estambul tras el tiroteo de 1977. Fotos: trthaber.com, kanale.com.tr



Los líderes del golpe del 12 de septiembre de 1980. Kenan Evren en el centro. Foto: AP / todayszaman.com



El actual primer ministro Recep Tayyip Erdoğan reza en un funeral junto al ex-jefe del Estado Mayor İlker Başbuğ, encarcelado por su supuesta implicación en una trama golpista. El AKP se ha propuesto convertir el ejército turco en unas fuerzas armadas propias de un país democrático. Foto: zeit.de